

# Cuentos al garete

Melanie Taylor

Eran las siete de la noche y Julián se sentía cabreado. Su día había empezado a las siete de la mañana, cuando recogiese a una profesora que iba hasta Albrook. Olía bien pero hablaba poco. Intentó hacerle conversación y sólo pescó monosílabos. Puso la radio y las luces verdes y rojas de los semáforos se confundieron con el

vaivén del reggae “aquí llega la caballota, la diva, la perra, la potra”, con su desodorante ambiental de piña, con el Divino Niño colgado en el espejo retrovisor, con el ligero tinte del cristal trasero, con la picazón que sentía en su testículo derecho. Se rascó y por el retrovisor observó las piernas de su pasajera quien miraba distraída por la ventana. La dejó en un colegio y la vio entremezclarse en el mar de faldas de cuadros y medias blancas, mientras contaba el dinero. A los quince minutos, un hombre ensacado que iba al Seguro de Transístmica se subía la auto. Olía a colonia fuerte y barata y carraspeaba constantemente. Charlaron de fútbol y de política. De fútbol estuvieron de acuerdo, de política no. Sospechó que el hombre era arnullfista y que sus comentarios en contra de la presidenta lo molestaron. Decidió cambiar de tema. A fin de cuentas él no era político y ¿para qué hacer una enemistad a las ocho y veinte de la mañana? *¿Y se va hacer unos exámenes? Noohombre, una tipa que me debe plata y se ha estado haciendo la loca ya tres quincenas. Ayer cobró y no le paso una más.* Julián asintió. Eso de prestar dinero era siempre mal negocio. Eran un cuarto para las nueve y paró en una fonda para tomarse un café. Apuró el líquido negro mientras una bachata que escupía la radio le hacía mover un pie sin darse cuenta. Se subió a su auto y de nuevo la canción esa de “la diva, la perra, la potra” lo hizo olvidarse de un par de luces rojas. Bajó súbitamente la velocidad en una calle del Cangrejo para observar a sus anchas una pelirroja de Sedal con pantalón a la cadera, tatuaje en el cóccix, nalgas paradas y tacones coquetos. Ella se detuvo para hablar



por su celular y él se detuvo a su lado tocando la bocina de manera desesperada. Detrás se hizo una fila de conductores exasperados que también sonaban sus bocinas. Ella lo miró de reojo, torció la boca y le dio por completo la espalda para seguir hablando. El arrancó haciendo rugir el motor, lo que sólo le permitió escuchar la última sílaba del hijoeputa que el auto detrás suyo le dedicaba a todo pulmón. Le dieron ganas de orinar y se detuvo cerca de un palo de mango de un terreno baldío. Se acercó al palo y orinó con alivio. Un tipo sospechoso le pasó como que muy cerca y hasta miró hacia atrás. Julián le gritó maricón y le sacó el dedo, sí, el del medio. Subió al taxi y arrancó esta vez dirigiéndose a Transístmica. Hizo varias carreras cortas a bancos y oficinas. A las doce lo paró una pareja que se dirigía al Ancón. *Ir a culear a esta hora-* pensó con hastío- *con este calor, con este tranque. Seguro es queme.* El tipo le decía cosas al oído a la mujer pero esta mantenía la cara seria y se tocaba los anteojos oscuros nerviosamente. *Ey, broder, ¿tu crees que nos podrías buscar a las una?* Julián exhaló y asintió con poco entusiasmo. Salió del Ancón y se estacionó en la Gran Estación. Utilizó la hora para llamar a un posible queme desde un teléfono público ya que en su celular no tenía minutos; se comió una chicha y una empanada de carne que le dejó los dedos grasosos y la boca llena de migajas; habló con otro taxista de llantas y arrancó a la una en punto. Recogió a la pareja que ahora yacía letárgica en el asiento trasero, ella con la cabeza hacia atrás, él con los ojos entrecerrados. Los dejó en el Ministerio de Salud en Avenida Perú. Pensó en su mujer, Marta, y en la noviecita, Yasubel, y en el queme, Zabdis, en sus hijos Julián Alberto y Alberto Julián, gemelos idénticos, y en su hija Zaribeth de una relación anterior. Decidió concentrarse en Zabdis porque era lo más novedoso y repaso mentalmente su último encuentro en un motel justo como él que acababa de dejar, y deseó con todas sus fuerzas tener dinero para llamarla y buscarla después que el novio la dejase en casa. Se sintió excitado y metió el acelerador a fondo por lo que casi ocasiona una colisión triple. Las mentadas de madre se estrellaron contra su vidrio y el parabrisa las lanzó al viento. Paró justo a las dos y media de la tarde, con un sol rompe-ladrillos y un calor rompe-hígados, frente al Machetazo de Calidonia. Subió una señora de carnes flácidas y abundantes, con las piernas marcadas por venas varicosas y de cuyos brazos asomaban negros vellos vírgenes de toda rasurada. Tenía un bigote incipiente y el pelo blanco lo llevaba corto. Cargaba bolsas de supermercado. Julián abrió el maletero y la señora depositó la carga. Al subirse dijo con voz de cantalante desgastada: a Villa Rica. Julián sintió una patada en el estómago y frenó en seco. *No voy pa' lla-* dijo pegándole al timón. Movía la cabeza de manera obstinada con sus pelos en punta por el gel. *Esto es una sinvergüenzura, joven. Voy a llamar a la policía. Los taxis son un servicio público. Llame a quien quiera. ¡Yo no voy!* El taxi se mantuvo estático por cinco redondos

minutos. Julián movía su cabeza de puercoespín en un no rotundo y la señora gesticulaba, manoteaba, gemía y casi lloraba pero la palanca de freno seguía inamovible. Cansada y herida, sin policía a la vista y con curiosos al alcance de la mano, bajó y quedó sumida en una nube de blanco humo entre sus paquetes.

Eran las tres de la tarde y ahora Julián estaba de malhumor. “Súbete al palo encebao” lo hizo sentir un poco mejor. Recogió a unas estudiantes de la Profesional que iban para la Terminal de Albrook. Parecían botellas de soda en efervescencia pura. Sus risas, su coquetería, la manera como cantaban “súbete al palo encebao”, el contraste de sus medias blancas con sus piernas canela y la manera como sus faldas azules se subían arriba de sus rodillas, la insinuación de sus sujetadores en sus camisas blancas, el brillo labial que hacía sus sonrisas más alegres, el rimel que sus pestañas lucían al batirse. Julián se sentía también alegre y les decía cosas atrevidas, les preguntó si tenían novio, si tenían celular, que les iba invitar a las tres para enseñarles algo. Luego de dejarlas en la Terminal acarreó consigo la alegría como algunos niños llevan sus loncheras. Tan alegre estaba que no sintió cuando un bus de Don Bosco le besaba ligeramente su defensa trasera. El crujir de la lata lo despertó de su momento feliz y de una bofetada lo colocó al punto del desenfreno. Salió del auto hecho una furia, vociferando todas las malas palabras y todas las permutaciones de dichas malas palabras. El conductor del bus al verlo salir del taxi decidió no bajar, trancó la puerta y se dispuso a esperar a un policía. Era un hombre pequeño y rechoncho con pocas ganas de complicarse. Julián pateó la puerta del bus, golpeó su propio auto al ver con detalle el daño hecho, resopló y finalmente se tiró en su asiento exhausto. El policía, el busero, los curiosos y los testigos se fueron a las seis de la tarde. Los vio alejarse sabiendo que nunca vería un centavo del cabrón que lo había chocado.

Arrancó ahora con la música desafinada de la hojalata colgando y la percusión interna del puñetazo que no pudo propinar. Eran las siete de la noche. Deseaba llegar pronto a casa para acostarse y no saber nada más. Rogaba que Marta no le jodiera la paciencia con quejas o celos, que hubiese comida, que los mellos no estuviesen llorando o gritando, que Yasubel no... sonó el celular. Era la susodicha. Quería verlo cuanto antes, le susurraba tentadoramente “papi, bebé, vente, vente”. Julián ya no tenía argumentos, se sintió tan cansado que simplemente apagó el celular y lo tiró con rabia en el asiento trasero. Toy jodido, pensó. Era como tener todas las ganas del mundo juntas pero estar amarrado por ataduras invisibles. Tenía que llegar a casa y acostarse inmediatamente. Todo su cuerpo le dolía. Se había enrumbado por la Ascanio Villaláz, ahora oscura y poco transitada. Un bulto se le tiró al frente. Frenó y quedó atónito. Una mujer con el pelo rojo naranja, un traje corto púrpura y botas negras jadeaba frente a su auto. No

pensó nada, no grito nada, es más, no sintió nada. Sólo la miraba como quien mira un póster, un avance de un filme, una foto de periódico. ¿No podía ser real, o sí?

La mujer, quien apretujaba unos papeles en su mano derecha, fue dando tumbos hasta una de las puertas traseras y se introdujo en el auto. Sudaba copiosamente, y su piel blanca se tornaba rojiza en sus mejillas, en la punta de la nariz, en su escote, lágrimas humedecían todo su rostro. Finalmente luego de mucho jadear soltó un “coño” desde el fondo del alma y Julián arrancó el taxi. Siguió hasta la Franquipani y luego tomó a la derecha a la altura del Seguro. La mujer empezó a hablar. *Es un hijo de puta, sí, uno auténtico, de pura cepa. Ay, que ahora su mujer regresó y yo, dígame, y yooooo!!!!* El yo sonó como aullido de mujer-loba. A Julián se le encresparon los vellos de su espalda pero siguió manejando mudo. *Que si estaban de pelea, que ya todo se había acabado...hacerme esto a mí...* El “mí” sonó a grito de soprano coloratura rodando por escaleras infinitas. La mujer tiraba las hojas al viento. *¿Ve esto? Son su gran producción, sus últimos cuentos, los que le tomaron un año y seis meses escribir, un año y seis meses en que yoooo hice de empleada, secretaria, cocinera, enfermera, contadora, editora de libros, amiga, amante...* aquí se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar. Sólo dejaba escapar las hojas de sus dedos. A Julián se le salieron las lágrimas. Iban por Calle Cincuenta. *Pare.* La mujer se bajó frente a Elite. Tiró dos arrugados dólares y cerró la puerta. Julián manejó sin voltear siquiera la cabeza hasta su casa en Tocumen. Tomó los dos dólares tirados en el asiento y una página solitaria, lo único que quedaba de aquellos cuentos al garete. Leyó. *Eran las siete de la noche y Julián estaba cabreado. Su día había empezado a las siete de la mañana...* Le agarró un doloroso ataque de risa que lo obligaba a contornearse sobre el asiento. De pronto dejó de reír, arrugó el papel y lo botó en el patio del vecino. Entró a su casa, trancó la puerta y se tumbó como un árbol caído en el sofá. Su mente estaba completamente en blanco y pronto sus ronquidos armonizaban con el silencio de una noche fantástica.

© Melanie Taylor 2007

**Bio: Melanie Taylor (1972, Panamá).** Sus cuentos han sido publicados en la revista *Maga* y varias antologías tales como *Soles de Papel y Tinta* (Editorial Alfaguara, 2003); *Flor y Nata*, antología de mujeres cuentistas panameñas (Editorial Géminis, 2004); *Hasta el sol de mañana* (Fundación Cultural Signos, 1998) y más recientemente una antología de cuentistas panameños (Universal Books, 2005). Obtuvo mención honorífica en el Concurso Maga de Cuento Breve (1996) y mención honorífica en el concurso de cuentos José María Sánchez del 2002 auspiciado por la Universidad Tecnológica de Panamá. Fue la ganadora en la categoría adultos del Concurso Medio Pollito del 2006 con el cuento infantil “El Acuario”. Publicó su primer libro de cuentos titulado *Tiempos Acuáticos* (Colección Cuadernos Marginales) en el año 2000 y en el 2006 publica su segundo libro titulado *Amables Predicciones*. También en el 2006 aparece en una publicación de Abrace Editores en Uruguay y en un libro llamado *Poetas y Narradores del 2005* publicado por Ediciones del Instituto de Cultura Peruana en Miami, Florida. Es músico profesional y actualmente se desempeña como docente en este campo.

navegación:

[índex català](#)

**tbr** noviembre-diciembre 2007 no. 61

## f i c c i ó n

**Joaquín Fortanet:** Petersburgo

**Jeremías Gamboa:** Un responso por el cine Colón

**Melanie Taylor:** Cuentos al garete

## n o t a d e a c t u a l i d a d

**En voz bien alta**

Una antología de las poetas de los 50 y los 70

## p o e s í a

**Renée Vivien, una pasión**

**r e s e ñ a s**

*El día de los inocentes* **Josip Novakovich**

*La desaparición* **Joaquín Fortanet**

*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* **Álvaro Mutis**

**s e c c i o n e s f i j a s**

**Reseñas**

**Breves críticas (en inglés)**

**Ediciones anteriores**

**Página del editor**

**Envío de textos**

**Audio**

**Enlaces**

[www.barcelonareview.com](http://www.barcelonareview.com) [índice](#) | [inglés](#) | [catalán](#) | [francés](#) | [audio](#) | [e-m@il](mailto:e-m@il)

Extracto de *La desaparición*, consulte la **reseña** en este número.

# Petersburgo

Joaquín Fortanet

*Más allá de Petersburgo no hay nada*

Andrei Biely



**www.petersburgo.org:** aparece en la pantalla el mapa de Petersburgo a una resolución de 720 por 456. En el mapa aparece la zona del centro de Petersburgo. La avenida Nevski cruza las islas de casas partiéndolas en un juego simétrico de calles engarzadas a edificios.

**www.petersburgo.org/foto1.jpg:** así se crean los links que conectan los edificios con bloques de texto, imágenes y sonidos. Un link es simplemente una conexión de temas, un renglón seguido de otro distinto. Cuando con el puntero del ratón rozas un edificio como el Teatro Mariínski, éste se ilumina de un color fosforescente y parpadea. Con un click entras en otra zona distinta. El mapa pasa al fondo de la pantalla, casi desapareciendo, casi transparente. Entrás, entonces, en otra ciudad. Abres una puerta hasta ahora hermética, y detrás hay una historia que lleva a otra. Es como navegar entre imágenes: un loco corriendo, un hipnotizador moribundo, un baile perfecto, una sala con mil bombillas, un padre con cáncer junto a una cucaracha: uno puede transitar por las mil ciudades que se esconden tras el imperial nombre de Petersburgo con tan sólo mantener la mirada fija, muy fija, sobre la pantalla. Hasta la hipnosis.

**www.petersburgo.org/hipnotizador:** En los últimos decenios, el interés por los hipnotizadores ha decrecido mucho en Europa. Antes era distinto. La apoteosis de los hipnotizadores tuvo lugar en los años veinte. Interrumpida por la segunda guerra, se volvió a encumbrar en los cincuenta. Incluso tuvo una innegable repercusión en

movimientos de vanguardia, como el surrealismo y el psicoanálisis. Pero el interés decreció y , poco a poco, la gente dejó de prestar atención a la hipnosis. Los hipnotizadores se refugiaron en los circos.

Con su decadencia y la entrada masiva de malabaristas de buen ver y de acróbatas de mallas ajustadas, los hipnotizadores se transformaron en algo parecido a los viejos artistas del hambre, relegados a mera reliquia de algún circo nostálgico. Es por eso que cuando le surgió la oferta, no pudo rechazarla, y algo de su viejo orgullo resucitó en su cara moribunda y durante algunos días se le pudo ver por el circo incluso sonriente. El Teatro Mariínski dejó intranquilo al hipnotizador. Como buen edificio del barroco ruso, su arquitectura comunicaba algo furioso. Los bastidores eran rojos y opulentos. El camerino, pequeño y austero: espejo, armario sin puertas, dos sillas, maquillaje, carteles de antiguos espectáculos, botella de vodka con un vaso limpio a sus pies y cenicero ribeteado de dorado. Se encendió un cigarrillo para tranquilizarse. También hizo uso del vodka. Repasó las actuaciones que mejor resultado le habían dado. Siempre supo qué número representar. La hipnosis sexual era la que más enfebrecía al público. Eso era lo que el hipnotizador buscaba. La fiebre del espectador. De todos los espectadores. La fascinación masiva al comprobar que un tipo delgado, de túnica amarillenta y ojos de sapo penetrantes podía llegar a dominar, tan sólo con la cadencia de su voz, a cualquiera. Y aquí había un miedo atávico, decía el hipnotizador al contar sus viejas historias, un miedo ancestral que la hipnosis despertaba. Se le antojaba que era como la fascinación de la víctima frente al asesino. Y algo de eso había: un potlach primitivo y brutal. El número sexual atraía más a la gente. Porque se trataba de algo más básico y primitivo. Porque lograba que, mediante la sugestión, se descubriese el estrato más profundo de una burguesía que –en aquellos tiempos dorados– pagaba lo que fuese por sentir. Pero de eso hacía mucho tiempo. Y había estado demasiados años relegado a números infames, demasiado cortos, en los que por seguridad (pues la hipnosis requiere un estado de ánimo, una dilatación del tiempo y un silencio absoluto que no se suele dar en los circos) el supuesto hipnotizado era un actor que sabía perfectamente cómo comportarse. A pesar de ello, su nombre todavía era grande. Prueba de ello ha sido la llamada petersburguesa, ciudad en la que el arte de la hipnosis todavía se aprecia. Los motivos exactos no los comprende. Pero no puede ahora el hipnotizador preguntarse por causas, concentrado como está en espiarse la mirada que le devuelve el espejo de maquillaje. Tiene los ojos hundidos. Los glóbulos salientes como dos burbujas hinchadas. La cara marcada por la delgadez. Afuera, se comienzan a oír voces en ruso. La ciudad apenas la ha visto. Por culpa de un retraso del viejo bimotor de la Aeroflot, ha llegado al aeropuerto de Pulkovo

tarde y ha tenido que coger un taxi y cruzar Petersburgo a un ritmo frenético. Ha parado en la puerta del Mariínski y ahora está en el camerino que le han señalado con prisa, un poco molestos por su tardanza. Otro trago de vodka para templar el frío que por primera vez cala en los huesos. Deja el espejo y mira la botella de vodka. Hace demasiado tiempo que no hipnotiza a nadie. Dentro de unos momentos va a obligar a una mujer a quitarse las medias frente a ochocientas personas tan sólo para provocar la fascinación masiva. Se mira de nuevo en el espejo. Está viejo. La piel caída, flácida. El cabello blanco. Se pone la túnica amarillenta: un fetiche. Piensa en una frase que leyó: cuando uno está viejo, los miedos le buscan las vueltas. Y siente que, por primera vez, tiene miedo de salir a escena. Ahora, cuando podría volver a encumbrarse como el artista que siempre fue, cuando podría decirse en voz alta, solo y en la oscuridad, 'estoy aquí de nuevo', precisamente ahora, siente un pánico total que relaciona con la fachada del Teatro. Piedras agarradas entre sí, pensadas para formar un edificio en cuyo vientre casi mil personas quedan inmovilizadas ante un arte ancestral que ya no se enseña, que ya casi no existe, que ya no importa. Está pálido y asustado. Lllaman a la puerta. Dos minutos. No conoce el interior del teatro. No ha visto ni siquiera, como solía, las caras de sus víctimas. Se levanta. Le tiemblan las piernas pero todavía anda y todavía siente la arrogancia de los viejos tiempos y se encuentra con los hombres del teatro que le llevan hasta los bastidores. Respira hondo, cierra los ojos, recuerda en relámpago el delicado arte de la hipnosis y abre la puerta como un desconocido que encuentra una ciudad completamente extraña.

**www.petersburgo.org/desconocida:** El desconocido abre la puerta y encuentra una ciudad completamente extraña. Viene de la Avenida Nevski corriendo entre un remolino de caras pálidas y abrigos con bufanda. Ha robado el busto de Dostoievsky y se lo ha metido en el maletín. Ciertamente al principio había pensado que era demasiado grande, pero ahora está aquí dentro (lo toca, acaricia la piel de cuero negro del maletín gigantesco). Solamente espera que nadie lo haya seguido. Su aspecto no llama la atención. Capote negro, cara tabacosa, bigote cincelado a lo Trotski, un poco demodé en conjunto, pero cumple el objetivo de pasar inadvertido. Se sienta en el sofá del comedor. La entrada da a un comedor mínimo y claustrofóbico. No es lo que esperaba. Le habían dado la llave número trece del hotel K... El desconocido nunca había pisado un hotel ruso, menos todavía Peterburgués, por eso nada más entrar se siente en una ciudad extraña: las costuras de las fundas de los sofás, los ovillos de lana que hacen filigranas en los manteles, los brocados, el hedor a humedad agarrado a las paredes. Se abre la puerta de golpe. El desconocido se levanta y mira a la desconocida que ha entrado. Rubia, pecosa, deliciosa, fuerte.

–¿Lo tienes?

– Sí.

–Tira el maletín en el sofá, con cuidado.

El desconocido tira el maletín. La desconocida abre el maletín y aparece la relojería palpitante de una bomba artesanal.

–Perfecto

El desconocido mira la bomba con los ojos creciendo hasta que le lloran.

–¿Dónde está el busto?

–¿El qué? –y la desconocida sospecha de la actitud del desconocido y mira fijamente su bigote trotskista. Saca la Parabellum 9mm. Y le apunta en el pecho.

–¿Qué hace usted?

–¿Quién es usted?

–Quedamos en no decirnos nombres. Por Dios, baje la pistola.

–No me fío de usted. Por qué ha dicho eso.

–¿El qué?

–Dónde está el busto. ¿Lleva micrófonos? ¡No baje las manos!

El desconocido levanta las manos mientras la desconocida le cachea. No comprende, dice, si al menos no estuviese en una ciudad desconocida. Pero es que él había robado el busto de Dostoievsky y lo había traído hasta aquí, hasta el hotel K, habitación 111. La desconocida comprueba la bomba y se tranquiliza. Mira al desconocido y siente que no es peligroso, que quizá haya sido todo un plan de la organización para que, sin saberlo, traiga la bomba hasta aquí. Baja la pistola.

–Debes volver a Barcelona, en el sobre que está sobre la cama tienes tu dinero– dice la desconocida mientras se quita el abrigo y comienza a desanudarse las medias. La desconocida se convierte en una pierna semidesnuda alzada sobre un sofá. El desconocido mira obsesivamente la pierna. Le da por pensar que la pierna se está desperezando a medida que se libera de las medias, y una fuerza ajena le hace avanzar la mano. El desconocido pone la mano izquierda en el muslo descubierto de la desconocida. Ella no se inmuta y continúa el ritual de la media sin apartar la vista del maletín. Finalmente los desconocidos caen sobre la cama entrelazados.

A la mañana siguiente la desconocida rompe un espejo con el maletín vacío. Tras el ataque de histeria, se sienta sola y reposada en la cama. Y llora a pausas regulares sabiendo ahora que está perdida, que no puede pedir ayuda a ningún amigo que viva en San Petersburgo.

**www.petersburgo.org/condena:**

–Ése amigo tuyo que vive en San Petersburgo no existe –dijo el padre montando en cólera mientras la aorta se le desbordaba como el cauce de un río–. No tienes ningún amigo en San Petersburgo. Siempre has sido un farsante, ¿cómo podrías tener realmente un amigo allá? Eso es imposible.

–Haz un esfuerzo por recordar –dijo mientras se armaba de paciencia y miraba a su padre moribundo–, nos visitó hace unos tres años. Todavía recuerdo que le caíste bien. Si lo piensas un poco, podrás recordarlo. Él nos contaba las historias más increíbles sobre la revolución rusa. Había visto cómo en Kiev un sacerdote ortodoxo sacó un cuchillo y se hizo una cruz en la mano, y luego con la mano ensangrentada habló a la multitud. Tú mismo me has contado la historia varias veces.

–¡Farsante! –el padre se desgañitaba añorando la fuerza física de otros tiempos, para aplastarle la cabeza a su hijo–. Siempre has sido un farsante, y ahora, desde que conociste a esa mujer, zorra vulgar y estúpida, solamente quieres sacarme el dinero con la excusa de ese amigo imaginario, ¡farsante!, ¡cucaracha!

–No entiendo como puedo soportarle –dijo la tarde antes de discutir con su padre– está senil, siempre lo estuvo. Es un déspota. No soporta a Loise, no acepta que me enamore de una mujer viuda con un hijo. Nos hace la vida imposible. Escúchame. El otro día me llamó cucaracha. ¡Cucaracha! Y todo porque mi amigo de San Petersburgo, ¿te acuerdas de él?, creo que nunca lo viste, pero espera, te he hablado de él, fue él quien me contó esa historia de la pobre revolucionaria rusa que fue traicionada por alguien de dentro, pues él me pidió dinero que necesitaba urgentemente por algún apuro en los negocios (sabes que por allí, ahora, las cosas no marchan muy bien), y yo se lo tengo que pedir a mi padre. De todos modos, le quedan unos días de vida y yo voy a disponer del dinero, pero el tirano no querrá darme un céntimo.

Se quedó bebiendo y se tranquilizó. Volvió a casa. Comenzó la discusión con su padre. El padre decía que le querían sacar todo su dinero, que siempre había sido una ladilla, un insecto, un parásito. El hijo explotó. Demasiado tiempo bajo su imperio. Se quedó allí plantado, mirándole a los ojos, con verdadera furia. El padre enmudeció. Pero sólo el tiempo necesario para tomar aliento e incorporarse.

–Qué haces ahí plantado como un papagayo.

–Vengo a contarte toda la verdad sobre mi amigo de Petersburgo.

–¡Ah!, bastardo, por fin confiesas.

El hijo se sentó a su lado y pensó, equivocadamente, que iría moldeando, poco a poco, la historia de cómo conoció a su amigo de San Petersburgo.

**www.peterburgo.org/amigo:** Si dijera que conocí a mi amigo de Petersburgo una tarde en la Facultad, si dijera que, poco después, jugando a bolos, me dijo que le encantaban Pushkin, Gogol y Biely, si dijera que después de eso comenzamos a salir por las noches agarrándonos a los bares, y que allí borrachos y tambaleantes de vez en cuando nos entendíamos a través de algunas casualidades que nos habían ocurrido, si dijera todo esto estaría aceptando que la historia de uno es una línea recta y absurda. Y es que mi amigo se convirtió en peterburgués mucho después. Dice Kafka que, cuando estuvo en Trieste un catorce de febrero, se dio cuenta de que en esa ciudad había un ángel de bronce que acababa con la vida de los viajeros procedentes del norte; y entonces Kafka quiso marcharse con todas sus fuerzas. Esto puede explicar mejor que nada porqué mi amigo de Petersburgo se marchó a Petersburgo justo cuando mejor le iban las cosas, aquí, en Barcelona.

Mi amigo, que entonces todavía no era petersburgués, salió de casa –cuenta él– completamente despeinado y con esa cara de demente que hace que las mujeres de las que él se enamora cambien de acera asustadas. Ese buen día se dio cuenta, como Kafka en Trieste, de que en esta ciudad del sur de Europa había algo capaz de acabar con la vida de los viajeros del norte. Y supo entonces, mientras pedía el periódico en un kiosco y una alegría inquietante le poseía al leer el nombre de la última Mis Universo –Oxana Fedorova–, supo entonces que era un viajero del norte y que estaba en peligro. Resolvió marcharse a Petersburgo y así me lo hizo saber. Su padre tenía un Skoda blanco y decadente. Y con él y todo el dinero ahorrado en su trabajo como guía turístico, puso dirección a Petersburgo. Lo que ocurrió después solamente lo pude saber de manera diferida. Llegó a Rusia al cabo de dos semanas de viaje apocalíptico, en el cual tuvo, según cuenta, dos experiencias de muerte. La primera, en una cuneta, justo cruzando Portbou, a un kilómetro de Conlliure. La segunda, ocurrió en una taberna de Praga llamada Sport. Allí encontró a un hombre delgado y amedrentado, con las orejas ridículas y la ropa de abrigo gastada. Parecía un funcionario, y a algo le recordó, pues se acercó y comenzó a hablar con él en perfecto catalán. El hombre grisáceo levantó un maletín y sonrió.

Entonces le rodearon un grupo de hombres también de tono grisáceo. Todos afeitados pulcramente, con la ropa demasiado estrecha y gastada. Con gestos y un inglés pésimo le hicieron entender que lo invitaban a beber en un reservado, que los extranjeros les complacían. El reservado era una habitación pequeña, unos cinco metros cuadrados, dos sofás, una mesa, varias sillas. Encima de la mesa algunas jarras de cerveza y varios vasos. Nunca ha soportado bien la bebida, y al cabo de un par de horas, completamente

borracho, mi amigo caminaba por las calles de Praga –estrechas hasta permitir tan sólo el paso de dos personas– : algunas calles morían en edificios lúgubres y enormes, otras en riachuelos de asfalto que se perdían por avenidas más anchas.

Miraba a los hombres en todo momento, veía como lo seguían, como musitaban palabras en checo; y finalmente, presa de un ataque de pánico, salió corriendo en dirección a su Skoda. Sintió el aliento del ángel de bronce en su nuca y se largó lo más rápido posible a Petersburgo. Allí llegó con los nervios a punto de partirse. A un par de kilómetros de la entrada a la ciudad el coche dejó de funcionar. Y entró a pie a Petersburgo, sintiendo que una luz helada se le colaba entre las costillas con la misma soltura con la que se abre una ventana. Las dos experiencias de muerte sufridas durante el viaje le habían dejado tocado, y el clima de Petersburgo no ayudaba. Fría como un tubo de hielo verde, hermosa como un farolillo encendiéndose en mitad de la noche en un barrio miserable, ejecutada sobre un lecho de fango y cadáveres, la ciudad de Petersburgo recuerda una escena de Bertolucci: al final de un fantasmagórico edificio de mármol hay una mesa rectangular elevada: sobre la mesa un ministro viola a una prostituta que se deja hacer casi riendo: y mientras tanto, alguien mira escondido tras una cortina.

**www.petersburgo.org/amigo:** A lo largo de la Nevski fue, mi amigo, cruzando los puentes de los ríos Fontanca y Morca, y del canal de Griboedor, para desembocar en la inmensa plaza del palacio junto al Ermitage. Desde allí podía ver el río Neva, que esperaba verde y profundo. Pero el Neva estaba congelado y parecía una autopista de vodka helado. Con esta primera frustración a cuestas, con el frío calándole los huesos más escondidos, mi amigo petersburgués se fue hacia la avenida Nevski, sin duda esperando encontrar una rusa hermosa, a la que poder seguir hasta su casa. Pero la Nevski estaba prácticamente vacía. Solamente un fuerte viento glacial rociaba a los pocos transeúntes que se atrevían en pleno febrero a pasear. Por los mil puentes con los que la Nevski Prospect llega al Neva mi amigo andaba observando el hielo, sin nada concreto que hacer. Su estado debía ser patético: dos semanas de viaje, histerismo, ansiedad, una ciudad extraña, el pelo alborotado, esa cara que traen los viajeros perdidos y casi congelados. No puedo saber qué conexiones neuronales le despertaron la visión de los mil puentes como redes de araña de la Nevski, el Neva helado como un presagio de parálisis, la poca gente que caminaba enfundada en sus abrigo gruesos, los bigotes a lo Stalin, las caras enrojecidas y abultadas por la temperatura. Quizás mi amigo no estuviese tan perdido como aquí parece. Quizás encontrara una pensión agradable y pasara por la ciudad para habituarse. Pero los hechos que después ocurrieron, aquella nariz que me envió por correo en un paquete oscuro que me hizo dar un grito a lo Kim Novak y el resto de cosas de las

que me enteré después, todo eso hace indicar que los primeros signos de locura se manifestaron, ya claramente, nada más entrar a la ciudad.

A partir de aquí sólo puedo ceñirme a los hechos. He sabido por los periódicos on-line petersburgueses (el pravda.ru y el ruskijournal.ru) que los días 15, 16 y 17 de febrero se encadenaron una serie de actos absurdos protagonizados por mi amigo. El primero fue el estupro de una joven anoréxica frente al busto de Dostoievski, sin que nadie (en plena avenida Nevski) hiciera nada. Tras esto, y confirmada la nacionalidad española del violador por algunos gritos y expresiones castizas, siguió el hurto de nada menos que ciento siete abrigos a lo largo de todo el barrio que rodea el Neva. Los abrigos fueron encontrados tirados sobre el hielo del río, inservibles.

Por último, el día 17, mi amigo fue acusado de intento de homicidio. Aunque esto no es exacto y nunca fue juzgado, lo cierto es que rebanó la nariz de un panadero. Y me la envió por correo urgente con una nota. En la nota, tan sólo decía: 'He encontrado la nariz. Tengo los capotes. He conocido Rusia bíblicamente. Sólo me queda una cosa: desaparecer'. Finalmente, desapareció. Pero no de la manera que yo esperaba. Su locura es la única explicación que alcanzo para dar sentido a lo que me contó por teléfono unos días después, el 24 de febrero. Aquel día, el móvil sonó de madrugada. Escuché su voz y me lo contó. Me contó cómo había conseguido, mediante una serie de ritos e iniciaciones, entrar en la comunidad de las sombras. Que había pasado la prueba. Que había conseguido hacerse invitar a una fiesta de disfraces tecno-dance en la sala Gktiabrsky que organizaba la UNESCO en conmemoración a los 300 años de Petersburgo. Allí cientos de personas bailaban. Una tranquila música tecno lo inundaba todo. De las paredes colgaban pantallas con imágenes evanescentes. Las arañas de cristal reflejaban los neones frenéticos. Era una estampa perfecta. El tecno hacía girar los cuerpos disfrazados de animales, demonios, vegetales, armas, ángeles, paisajes. Parecía una máquina perfecta que funcionaba eléctricamente. En ese momento, mi amigo petersburgués iba disfrazado de sombra. Había allí una decena de sombras que, justo cuando el DJ cambiaba radicalmente el ritmo de la música y el sintetizador empezaba a martillar los oídos, comenzaron un baile particular. Se acercaron a los cuerpos del resto de asistentes, primero poco a poco, después violentamente. Una sombra desgarró la garganta de una dama con una navaja. Todas se unieron. Los petersburgueses morían despedazados. Las sombras desgarraban los cuerpos mutilados. Y todo era un baile sangrante, me dijo por teléfono, un baile perfecto y sangrante. Por fin podré desaparecer, me dijo, y si no das crédito a lo que cuento (necesito un testigo y te he escogido a ti), mira los próximos días en el correo. Me explicó lo de la nariz, que después pude ver con mis propios ojos, y, finalmente, me dijo –mientras la voz se le iba adelgazando como un hilo de cobre– que yo siempre

tendría un amigo en esa ciudad fantasma que es San Petersburgo.

**www.petersburgo.org/condena:**

–Mi amigo desaparecido en San Petersburgo no es un fantasma –le dijo a su padre moribundo–. Por algo te he hablado tanto de él. Incluso tengo su dirección. Pensaba enviarte una carta anunciándole mi compromiso.

–Cucaracha. Casarte con esa furcia. Sucio desagradecido. Me avergüenzo de haber concebido un desastre como tú. Epipteloide. Gusano. Tu amigo de Petersburgo es nadie. ¿Acaso crees que esas cartas que te llegan de Rusia te las manda tu amigo? ¡ja!

–¿Y qué crees tú? ¿Todavía estás en tu sano juicio? –gritó histérico–. ¿Crees que me las envió yo, viejo moribundo? No eres más que un muerto que habla, estás muerto y quieres que todo lo esté. Eres miserable.

–¡Ja!, por fin, por fin me has insultado. Han hecho falta cuarenta años para que me levantases la voz. Ahora podemos hablar de hombre a hombre. Siéntate, desgraciado. Te voy a explicar algo. Te lo mereces por insultarme. Esto será como mi testamento. Escucha. Un amigo se construye como una ciudad. Letra a letra. Sin demasiado cuidado, dejando que la cosa surja. Así construí yo a tu amigo. Yo soy quien te escribe las cartas. Yo soy tu amigo de Petersburgo, el que nunca ha existido.

–Estás ya delirando padre. Tranquilízate y duerme. Estarás mejor.

–No me estás escuchando, imbécil. Lo que te estoy diciendo es que escribí todas esas cartas. Incluso las que tienes guardadas, en las que tu amigo alaba tus poemas y tu sensibilidad, incluso las que hablan de lo déspota que soy contigo, y de lo que deberías hacer para enfrentarte a mí, para decirme que no quieres seguir con el negocio. ¿Te das cuenta imbécil?

Se lo quedó mirando sin saber qué hacer. Seguramente, su padre había leído todas esas cartas. No tenía dudas. Quiso destrozarlo a golpes.

–Así que me miras con rabia. Bien. ¿Quieres pegarme? Bien. Hazlo. Enséñame que podrás pegar a esa furcia cuando se meta en la cama con cualquier otro que no tenga tu nariz de ganso. Hazlo y demuéstrame quién eres. Destroza a tu padre moribundo. ¡Venga!

–Déjalo estar, padre. Ya no puedes hacerme daño. Por muy mal que te lo tomes, mi amigo ha estado, está y siempre estará en Petersburgo. Y es, en estos momentos, más real que tú. Ya no eres más que un viejo con las entrañas podridas por el cáncer.

Hubo una pausa de unos minutos. El padre giró la cabeza hasta la ventana. Desde allí se podían ver los balcones de los edificios y un trozo de calle. Había poca gente. Un viejo extremadamente delgado. Un hombre fumando, con un maletín. Una mujer que parecía

desconsolada. Un padre hablando con su hijo.

–Lo que todavía no comprendes, porque ¿verdad que no lo comprendes?, es porqué he escrito todas esas cartas para tí. Sé que no lo vas a preguntar, no puedes aceptarlo. No puedes aceptar que tu amigo no existe, que tu mujer es una zorra, que no eres nada más que mi sombra. Una sombra sin hijos, esperando entrar en la oficina, sales, tu mujer no está en casa, esperas la carta de tu amigo, tu amigo ha muerto, dentro de poco, epipteloide, dentro de poco. Paró de hablar. Respiraba ahogándose. Se puso rojo y tosió. Parecía agotado. Se tumbó de nuevo sobre la almohada. Y continuó hablando.

–Mira –y en sus palabras había una calma aterradora–, cuando yo muera no habrá más cartas. Nunca sabrás nada más de tu amigo. No habrá más historia.

Esto fue lo último que dijo. Tosió desesperado, comenzaron los estertores, y murió allí mismo. El hijo miró el cadáver. La condena. Deseó desaparecer.

**www.peterburgo.org/desconocida:** La desconocida se escurre aterrada entre las calles como si quisiera desaparecer tras cada esquina. El error que ha cometido no se lo perdonará la mafia peterburguesa. Y lo peor es que no hay rincón de Petersburgo que no esté, en mayor o menor medida, controlado. La desconocida no conoce demasiado bien los engranajes ni los métodos de la mafia. Lo justo como para no ser peligrosa y tener miedo. Así que va de esquina a esquina, silenciosa, buscando las zonas menos iluminadas. Mueve rápido los pies pero sin llamar la atención. Gafas oscuras en plena noche y la bufanda cubriéndole los labios.

Esta ciudad es un mal lugar para perderse entre la multitud. La avenida Nevski sería un buen plan, quizás. Pero llegar hasta ella supone atravesar zonas peligrosas. Cruzar la Sennaya, coger la línea azul del metro de la estación Gorvoskaya hasta la Nevsky Prospect, y una vez allí caminar temiendo que ese desconocido de bigote saque una parabellum justo cuando te rebasa. Si algo había aprendido en todos estos años era a asumir los errores. Tendría que llevar esto hasta el final y no arrepentirse. Además, era tan hermoso aquel desconocido. Pero basta. Ahora tiene que cruzar una zona peligrosa. El Moskovsko. Desde allí llegará al Palacio de Invierno y esperará frente a su fachada. Todavía tiene contactos. Y quizás la puedan sacar de Rusia. El batir de alas del camión de la basura la asusta. Salta a un lado y saca su parabellum apuntando a ciegas. Los basureros, colgados del camión, se esconden y gritan y salen corriendo. La desconocida maldice en voz alta. Ha firmado su sentencia de muerte. Sigue por Petrosgraskaya hasta el palacio de Invierno, que ve a lo lejos, levantándose entre las calles como un gigante enjoyado, abombando el cielo. Llega a la puerta principal y con un cigarro disimula la espera. Cinco minutos. Su contacto no ha fallado. Llega con sombrero y gafas oscuras.

Sin decir nada, los dos desconocidos caminan muy juntos y entran en un bar turístico todavía abierto.

–No tengo tiempo. Vamos al grano. La has jodido. Solamente tienes una posibilidad. Dentro de media hora sale un tren hacia París-Austerlitz. Toma. Es un billete de coche cama. Aquí tienes un pasaporte y el permiso de salida. Es peligroso. Si te encuentran en el tren, estás muerta. Pero debes intentarlo. Aquí también lo estás. Vete. Tienes el tiempo justo.

La desconocida mira los papeles como si fueran un álbum de fotos familiares. Dirige una sonrisa forzada al desconocido y fija la mirada en una pareja de ingleses: el hombre apoya la cabeza en el hombro de ella.

La desconocida aprieta el paso hasta la estación Vitevski. Son un par de manzanas.

Quedan veinticinco minutos para la salida del tren. Al dejar los rublos sobre la mesa se ha dado cuenta de que le tiemblan las manos.

Ahora el tiempo acecha. Anda casi corriendo, cruzando las manzanas rapidísimo, tanto que parece que todas son la misma, y todos los barrios el mismo, y que todos ellos forman una ciudad que se repite, un círculo sólido del que no se puede salir: en el que todo lo que pasa, ya ha ocurrido. Como un silogismo. Mira constantemente hacia detrás, presintiendo en cada extraño el bulto mortal bajo el abrigo, la expresión de dureza y de barba afilada que traen todos los que se dedican a hacer desaparecer. No estaría tan mal desaparecer, perderse en lo continuo. Y se para en mitad de un paso de cebra hasta que un claxon suena como un tiro entre los ojos y el corazón pasa a bombear a doscientas pulsaciones y la sangre se le apelo-tona en las sienas, y después corre. Corre hasta que el aliento se le escapa y se agarra las rodillas con las manos, abriendo la boca al máximo. Diez minutos. La estación no se ve, y un niño diría que se ha evaporado en el frío. Echa a andar hacia donde debería estar la estación. Confunde las calles y todas le parecen la misma línea recta y absurda hacia ninguna parte. Ya no se escuchan pasos detrás, ni el tictaquear del reloj, ni siquiera el aliento en la nuca que le había atormentado desde esta mañana.

Solamente camina, camina en reverencial silencio perdiéndose en una ciudad que es una calle eterna, sin cruces ni aceras ni tráfico ni luces ni ruido. Ni siquiera los solemnes edificios que deberían poblar los lados de la Zagorodny Prospect existen. Solamente el simulacro de asfalto que la desconocida recorre rompiéndose un tacón, casi cayendo al suelo, exhausta. Hasta que con un grito fílmico se para en mitad de la calle. Mira el cielo combado. Y rompe a llorar largamente sabiendo que ya está muerta incluso antes de que el Dodge negro y alargado aminore la velocidad y la cosa a tiros.

**www.petersburgo.org/hipnotizador:** Queridos petersburgueses –dice el hipnotizador mientras es ametrallado por las ochocientas miradas del teatro Mariínski– sin duda el arte de la hipnosis ha quedado hoy en manos de licenciados en economía, de trapevistas del márketing y de publicistas televisivos. Quiero hablarles, no de todos esos espectáculos imbéciles y europeos. Pero antes de comenzar la hipnosis, quiero hablarles de ese arte noble que se ha enseñado de maestros a discípulos durante siglos –avanza un paso y la túnica amarilla le baila con el aire–, quiero hablarles de ese arte ancestral que logrará que dejen de mirarme con esos ojos telescópicos. Soy viejo y estoy cansado, como podrán ustedes comprobar, pero todavía puedo llevarles a regiones nunca vistas, regiones que romperán las cadenas de sus trajes, sus tarjetas de crédito, sus funcionariados. Puede que rechacen lo que van a ver, que busquen explicaciones, que se marchen dejándome con la palabra en la boca. Aún así, lo que seguirá siendo cierto es que soy el último hipnotizador, y éste será, probablemente, mi último espectáculo. Van a presenciar algo único: la despedida de un arte en desaparición. El momento en que se desintegra algo que se ha transmitido durante años de la manera más noble, casi en silencio. Hace un momento estaba ente bastidores, antes en el camerino, antes en el asiento trasero de un taxi recorriendo como un relámpago las calles de esta ciudad, arañando las fachadas de los edificios, sus colores llameantes y las caras de la gente. Todo se mezclaba en la ventanilla del taxi, y parecía una masa de líneas rápidas e hipnotizantes. Ahora entiendo por qué aquí, en esta ciudad, la hipnosis todavía existe. Y, por esto mismo, en el camerino, cuando escuchaba el ruso de los empleados del teatro, me he dado cuenta de que tengo poco que ofrecerles. Quizás muy poco: otros han hecho ya mi trabajo. Tenía preparado un número sencillo, efectivo: se trataba de hacer que una joven petersburguesa se quitara las medias delante de todos ustedes. Pero como hoy se despide un arte ancestral en este escenario, y en esta ciudad ya lo saben todo acerca de la sugestión, he decidido celebrar un funeral. Un funeral hermoso, alegre, como decíamos en el circo, a lo grande. Se dice que, hace siglos, los más grandes maestros hipnotizadores podían hipnotizar a un gran número de personas a la vez. Hoy que muere este arte, quiero repetir la proeza. Sudaba, se movían los ojos a lo largo de las filas pobladas de bultos vestidos y sonrojados, gestos arrogantes, manos entrelazadas, miradas curiosas. Voy a llevar a cabo algo así como una hipnosis general. Y, créanme, si en algún lugar se puede hacer, es en éste. Nada más han entrado en el teatro y me han visto, la ciudad de afuera se ha desvanecido. Al escuchar mi voz, han dejado de prestar atención a la historia que su acompañante les susurraba. Por eso es el momento más adecuado para intentar llevar a cabo la hipnosis. No será una hipnosis convencional, como quizás ustedes suponen. No dejarán de ser conscientes en ningún momento, no habrá magia, ni siquiera les ordenaré acciones absurdas. Al contrario, lo

único que me queda por hacer es volverlos conscientes de sus propias entrañas, de qué hay bajo el suelo que pisan. Sé que parezco un viejo horriblemente cansado. Tan cansado que podría morir aquí mismo. Tengo ochenta años. Demasiados años para haber seguido el ritmo del circo, al que me había acostumbrado con resignación. Así que, cuando acabe la hipnosis, caeré en redondo. Pero antes quisiera preparar un poco más el terreno. Hacerles ver qué clase de ciudad habitan. Y que clase de ciudad han construido. Miren directamente a mis ojos, observen la cadencia de las manos, oigan el ritmo de mi voz, una voz casi silenciosa, imaginen una fachada como la de la Iglesia de la Sangre Derramada, que ustedes tantas veces han visto, recorran en silencio las arquivoltas, los cimborrios, las agujas de hierro que sobresalen como espadas clavadas, sus colores histéricos, piensen en las líneas rectas de sus calles vistas desde el vértigo de las alturas como si todas fuesen una repetición de la misma, visualicen las entrañas de esas calles, los cadáveres estratificados, esa luz que se parece a la de este teatro y que hace que todo parezca un universo falso. Fijen todo esto en su mente.

Y, cuando acabe la hipnosis, y se pregunten si el viejo que acaba de desaparecer en el escenario fue el culpable de esa obsesión que les atormenta, no se molesten.

No se molesten en buscar respuesta alguna.

Yo no me molesto en despedirme.

**www.petersburgo.org:** El puntero del ratón camina hacia el comando Delete: are you sure: yes. Brilla la pantalla. Un ruido sordo y mecánico comienza como si nunca fuese a cesar. Unos escasos minutos y mil imágenes se borran de la memoria. Así de sencillo. Todo se acaba. Emanación, locos, viejos, padres, identidades, Kafka, eterno retorno, muertes, frío, simetría, verdes, rojos, Biely, calles, condena, Vitevski, formas, teatros, bares, lógica difusa, narices, pistolas, Gogol, el metro, el aeropuerto, el público, iglesias, conexiones, fantasmagorías, links, Dostoievski, palabras entrecruzándose, textos, poemas escondiéndose, sofismas, jinetes de bronce con túnica amarilla, fetiches, Trieste, Neva, agnosis, Nevski, Oxana, síntesis, Praga, Zagorodny, Moskovsko, desconocidos, el ruido de un móvil, un baile, ausencia, la Unesco, Gorvoskaya, defundamentación, un Dodge flotando, corbatas, bigotes, correos, periódicos, constelación, hipnosis, potlach, cadáveres, hielo: San Petersburgo.

Este texto no puede reproducirse ni archivararse sin permiso del autor y/o The Barcelona Review. Rogamos lean las [condiciones de uso](#).



**Joaquín Fortanet** (Castellón), 1978 es autor de la novela *La desaparición* (Dilema, Madrid, 2007), de la que éste relato forma parte de un modo extraño. Ha colaborado en revistas como *Lateral*, *El Crítico*, *Code*, *Astrolabio* y *Sorry I'm a Lady*. Ha estudiado Filosofía y ha impartido clases en la Escuela de Letras de Barcelona.

navegación:

[índex català](#)

**tbr** noviembre-diciembre 2007 no. 61

## f i c c i ó n

**Joaquín Fortanet:** Petersburgo

**Jeremías Gamboa:** Un responso por el cine Colón

**Melanie Taylor:** Cuentos al garete

## n o t a   d e   a c t u a l i d a d

### **En voz bien alta**

Una antología de las poetas de los 50 y los 70

## p o e s í a

**Renée Vivien,** una pasión

## r e s e ñ a s

*El día de los inocentes* **Josip Novakovich**

*La desaparición* **Joaquín Fortanet**

*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* **Álvaro Mutis**

## s e c c i o n e s   f i j a s

**Reseñas**

**Breves críticas (en inglés)**

**Ediciones anteriores**

**Página del editor**

**Envío de textos**

**Audio**

**Enlaces**

[www.barcelonareview.com](http://www.barcelonareview.com) [índice](#) | [inglés](#) | [catalán](#) | [francés](#) | [audio](#) | [e-m@il](#)

# Un responso por el cine Colón

Jeremías Gamboa

Felipe Castrejón nunca me pudo vender una sola nota para la revista en la que ambos trabajamos hace ya varios años, un quincenario raquítrico con muy malos reportajes que cerrábamos a duras penas durante las madrugadas de un verano

pegajoso allá por los años noventa en Lima. Desde que llegó a la redacción con un cuaderno deshilvanado en el que se apretaban más de treinta ideas para crónicas, cada cual más inverosímil que la otra —recuerdo una sobre payasos jubilados y otra acerca de las penurias de los papanoeles bajo el sol calcinante de Lima en diciembre— y me leyó todas de un modo agitado, nervioso, como si en ello se le fuera la vida, no pude evitar cogerle una forma de cariño. Bastaba ver su desaliño, el desorden que lo rodeaba y escucharlo luego hablar de periodismo con el entusiasmo de un adolescente para no dar un centavo por él. Sin embargo, a Castrejón se le veía un tipo con ganas y se notaba a leguas que necesitaba el trabajo como ninguno de nosotros; escribir sobre lo que fuera, cobrar lo que hubiera. Le dije entonces que escogiera dos de esos temas, los mejores, y que los ofreciera en la reunión que teníamos cada dos martes con otros redactores y colaboradores. Dos buenos temas bastaban.

Digo que Castrejón nunca me vendió una nota y me doy cuenta de que miento. Ningún tema de ninguna nota suya me convenció, pero la verdad es que le acepté varios, de mala gana, porque casi nunca tenía buenas ideas o alternativas con las cuales revertir las suyas, y siempre me arrepentía a los pocos minutos de haberle dicho que sí. Todas las propuestas que me ofrecía como reportajes insólitos resultaban siempre sobre el papel variaciones del mismo relato esperpéntico acerca de una única ciudad poblada exclusivamente por locos feroces y proyectos absurdos. Sus textos nunca estaban mal escritos, pero eso hacía precisamente difícil editarles el lado chocante, a ratos involuntariamente miserable, que siempre tenían. No podría afirmar que las fotos que acompañaban sus crónicas, y que él mismo tomaba, fuesen malas, pero a la larga



resultaba difícil ubicar entre ellas alguna publicable. Entre la entrevista al aburrido congresista y el reportaje a las nuevas actrices de una teleserie, la nota gourmet y el estreno de cine, la crónica urbana de Castrejón siempre terminaba reducida a un par de páginas, sino a una sola.

Aquella noche estábamos cerrando la edición de la quincena de febrero y, para variar, la nota de Castrejón había pasado de tres páginas a dos, y finalmente a tener sólo cuatro columnas: a último minuto había llegado una publicidad de medicamentos para hongos y la verdad es que no podía haber caído en mejor ubicación. En un momento sospeché que el artículo de Castrejón de esa semana terminaría en menos de una página; quizá con suerte desaparecería. Castrejón se había ido a un pueblo del sur de Lima a pasar todo un fin de semana y había regresado con un relato y unas fotos que, según me dijo, iban a ser la “historia” de esa edición. Cuando miraba las planchas de contacto no imaginaba de dónde podrían proceder todos esos retratos de hombres impresentables que, paradójicamente, modelaban en una pasarela, respondían las preguntas de un maestro de ceremonias, se hacían acompañar por modelos o posaban para las fotos portando cetro y corona. Mientras apenas podía entender lo que veía, Castrejón me decía que se trataba de los finalistas de un concurso de feos en el pueblo de Imperial, en Cañete. No sólo eso: se había producido una polémica durísima en torno al ganador. Para la mayoría de vecinos a “Cabeza de otro monstruo” le habían robado el primer puesto para dárselo a “Consolador de bruja”. La mujer de “Cabeza” estaba indignada con el fallo y había convocado con éxito a un grupo de ciudadanos que intentaba hacer llegar la noticia de ese fraude a los medios. “Ñoño muerto”, “Sopa de guano”, “Chicharrón de caimán” y otros finalistas del certamen la apoyaban. Entonces fue que contactaron a Castrejón.

No voy a negar que la historia me pareció a su modo divertida y una vez más, quizá por aburrimiento, para romper un poco la monotonía de mi trabajo, o acaso por ganas inconscientes de ser despedido, le dije que le daba tres páginas aunque sabía que no tendría más de dos. Castrejón había llegado muy temprano a la redacción, como siempre, y había permanecido todo el día batallando con el teclado como un narrador poseído en las últimas páginas de una novela total. A mitad de la tarde le tuve que decir que la nota había sido reducida a dos páginas y más tarde que había sido transformada a cuatro columnas. Cada vez que le decía esto, Castrejón regresaba apesadumbrado a su sitio, atronaba contra las teclas de la computadora furiosamente y luego se sumía en angustiosos bloqueos frente al monitor. Lo veía desde la esquina en que me tocaba repasar fotos, corregir páginas ya diagramadas o despedir a los sucesivos colaboradores que miraban sin emoción sus pruebas de imprenta. Cuando ya estábamos quedándonos solos él y yo, además del diseñador, Castrejón me entregó su texto con el nerviosismo de

todas las veces. Cambié un par de adjetivos, corregí su dequeísmo y envié la nota a la bandeja de diseño después de divertirme a mi pesar con ella. Castrejón, mal que bien, tenía chispa cuando escribía. Eso sí, me hizo sufrir en la tarea de encontrar alguna foto, si bien no bonita, al menos representativa del concurso y el “supuesto fraude”. Era imposible no cotejar los retratos de “Cabeza” y “Consolador”.

Fue después, mientras ambos nos quedamos sentados el uno frente al otro y esperábamos que el diagramador encajara el texto y las fotos de su nota, que le pregunté si no quería dar una vuelta y tomar aire, quizás una copa. No era la primera vez que hacíamos algo parecido: solía salir con Castrejón en los intermedios de los cierres de edición. No sé muy bien explicar ahora por qué. A veces pienso que quizá era porque me hacía reír con sus ideas jaladas de los pelos, la manera hiperbólica en que me contaba pasajes de su vida, las preguntas tan serias que me hacía sobre lo que él llamaba “mi trabajo con la palabra”; quizá Castrejón me daba seguridad, quizá su torpeza me afirmaba de modo complaciente de cara a lo que yo ya sospechaba era mi propia mediocridad, lo poco que en verdad había hecho por mí y por mi vida.

—Acepto la invitación —me dijo esa noche mientras ordenaba los apuntes y las planchas de contactos de su artículo—. Pero que sea un pisco sour.

Me gustaba caminar por el centro de Lima de madrugada y mucho más en verano, cuando no hay neblina y las luces de neón le dan un aspecto uniforme a toda la ciudad. Aquella vez Castrejón y yo recorrimos casi todo el jirón Camaná y disfrutamos mucho del aire fresco de la noche fumando cigarrillos y caminando a nuestro ritmo por un sendero libre de ambulantes. No recuerdo de qué hablamos; sólo que al llegar a la Colmena me preguntó dónde nos tomaríamos el pisco.

—¿Dónde más? —le dije entonces, con satisfacción anticipada ante el rostro que se iluminaría de pronto—. En el hotel Bolívar.

Subimos por la avenida y llegamos a la plaza San Martín. El hotel no era lo que había sido hace algunas décadas, sin duda, pero aun mantenía cierto aire que a mí me hacía pensar en estrellas de cine mexicano o en actores de Hollywood. Le estaba dando nombres de huéspedes ilustres a Castrejón y veíamos la carroza republicana en el salón circular que sigue a la entrada cuando me di cuenta de que había cambiado sorpresivamente de ánimo. Durante el tiempo en que nos instalamos en una de las terrazas que daban a la Colmena y yo le pedí al mozo dos pisco sours de la casa, en que esperamos a que nos traigan las copas y brindamos, Castrejón no dijo gran cosa. Le pregunté si le pasaba algo y me respondió que nada. Decidí quedarme callado mientras paladeaba el trago y miraba largamente la plaza San Martín. De un momento a otro él rompió el silencio.

—¿Por qué no me dejas hacer una nota sobre el cine Colón? —me dijo. Al voltear la vista hacia él me encontré con sus ojos clavados en mí.

Me quedé perplejo.

—Vamos, ánimo, puedo escribir una historia increíble sobre el teatro.

Me tomé de un sorbo lo que quedaba de pisco sour en mi copa y le pedí al mozo otra. Meses antes había consentido publicar un artículo suyo sobre un adolescente que había realizado una “obra de animación hardcore” con una cámara de aficionado: el texto daba cuenta de cómo el imberbe había restregando compulsivamente las muñecas barbies y los muñecos kent de su hermana en los espacios de su casa y cómo había convencido a sus compañeras de colegio a hacer las voces de los personajes femeninos. La estupidez por poco me cuesta el puesto. Esta vez Castrejón no pasaría. Le dije inmediatamente que no veía por dónde se podía escribir algo sobre un viejo teatro republicano que durante los años veinte había sido un espacio de variedades a la que iban los socios del Club Nacional y que en el último tiempo se había convertido en una sórdida letrina de cine pornográfico a la que sólo acudían tipos arrechos y sin plata para comprarse un VHS. Eso le dije. Castrejón bajó la mirada y acto seguido se produjo un largo silencio. Por un momento creí que había cortado por lo sano pero tras un rato volvió al ataque.

—Hablas así porque no has estado dentro nunca —me dijo de pronto, con un tono resentido y amargo—, nunca has visto el teatro por dentro, y menos con las luces encendidas.

Un poco alterado por el simple hecho de que me porfiara le dije que gracias al cielo nunca había estado dentro de ese sitio. Castrejón esquivó de una manera tan abrupta mi mirada que pensé que quizá estaba siendo muy tajante e inmediatamente intenté calmar los ánimos y hacerlo entrar en razón. Le concedí algunas razones. Mientras veía el teatro en la esquina de la plaza, los paredones que entre sus columnas los policías habían levantado la madrugada anterior, le dije que sin duda el tema era actual: había leído esa mañana que la municipalidad había cerrado el local no sólo porque se exhibían películas para adultos —lo que no tenía nada delictivo— sino que además se había descubierto que en mezanine se ejercía la prostitución clandestina en condiciones insalubres. Entendía que el teatro había sido parte de una época importante de nuestra historia, que era bonito por fuera, que era un elemento central del centro histórico de Lima, Patrimonio Cultural de la Humanidad y todo eso, entendía bien que había que luchar por el rescate de nuestra riqueza monumental, pero escribir una historia sobre cómo un bien de esas características había caído en la peor miseria con el paso del tiempo no me parecía muy adecuado para nuestra revista; bastante había tenido con la crónica del concurso de polos mojados en lo que había sido en su momento el Palais Concert. No quería volver a repetir la experiencia.

Castrejón hizo una mueca de fastidio y meneó la cabeza. En ese momento supe trágicamente que no hablaría de otra cosa que no fuera el cine, o el teatro, por el resto de la noche, o al menos hasta que yo terminara de aceptarle la nota.

—No contaría esa historia —me dijo—. Tengo otra mil veces mejor.

Entonces me vi a mí mismo diciéndole que se pusiera en mi situación, que pensara en el público de la revista. Castrejón me dijo que precisamente pensaba en ellos cuando decía que tenía entre manos la mejor de las crónicas.

—Estoy seguro de que si la escuchas, me la publicas —me dijo, seguro de sí mismo.

—Está bien —le dije, aceptando el reto, sabiendo de antemano que nada me haría cambiar de opinión—, cuéntamela.

Lo que vino después de eso fueron algunas ruedas más de pisco sour, la voz de Castrejón cada vez más exasperada con el paso de su narración, mis contorsiones por ciertos ataques de risa que en un momento amenazaron doblarme en dos y después unas ganas terribles de llorar, aunque no sé muy bien si en determinado momento era por la intensidad de las carcajadas o por algo de pena también. Lo que escuché esa noche fue la más insólita de todas las historias que Castrejón me relatará durante el tiempo que lo conocí. Ni siquiera hoy sé a ciencia cierta si fue verdadera o esa noche él me vio cara de imbécil y me hizo tragar otro de sus cuentos sólo para venderme un artículo y cobrar cien tristes soles. Prefiero creer que sí ocurrió porque así pasa con las buenas historias. Y esta lo fue. Aun ahora cuando la recuerdo no puedo evitar reírme a solas, a veces escandalosamente, y después sumirme en un prolongado silencio.

Castrejón empezó diciéndome en voz muy baja que había sido —todos sabíamos esas cosas, ¿no?, me susurró— un adolescente algo solitario y muy “encendido”. Había estudiado en una gran unidad escolar sólo de hombres. Eso, sumado a que era algo tímido, poco dado a las fiestas, a la conversa en la esquina del barrio o a la vida en familia —tú sabes, me dijo, la típica salida con una prima, con una amiga de una prima—, lo había condenado a no tener casi contacto alguno con chicas durante su adolescencia. Lo único que le quedó para acercarse al sexo opuesto fue mirar calatas en los periódicos de los kioscos cercanos a su casa y luego comprar revistas usadas en la plaza San Martín o en un hangar de Camaná cada vez que podía tirarse la pera junto a sus compañeros de colegio. Fue una de esas tardes que vio por primera vez una sala de cine porno, y aunque intentó entrar lo pararon en la puerta por su cara de mocoso y por su uniforme escolar color plomo rata. Debió esperar a acabar el colegio para ingresar por primera vez al cine y ver lo mismo que miraba una y otra vez en las revistas —*Pandemonio*, *Orgía*, *Mamantes*— pero esta vez en movimiento y con sonido. Fue como descubrir una nueva religión. Con el paso del tiempo y de los años —mientras estudiaba periodismo en un

instituto, hacía sus primeros cachuelos en publicaciones que nunca nombraba—, Castrejón recorrió casi todas las salas de cine triple equis que había en Lima. Primero una de la avenida México, el Súper Hall, no lejos de su casa, después otra en la avenida Manco Cápac. El paso siguiente fue ir al Centro. Fatigó las salas de la avenida Colmena y del jirón de la Unión y después de un tiempo se aburrió de ellas. Erró por los cines Tacna, Sussy, Tauro y muchos otros como un nómada hasta que en una esquina de la plaza San Martín, detrás de la columnata de un viejo edificio, encontró los avisos porno del cine Colón. Entonces halló “su lugar”.

—Desde entonces no fui a ningún otro sitio —me dijo Castrejón dándole luego un sorbo a su pisco sour—. En el Colón me quede para siempre, te juro.

Le pregunté entonces qué podría tener el Colón que no tuvieran otros cines, aparte de su historia, su pasado o como quiera llamársele a eso. Castrejón me miró con cara de absoluta sorpresa. Me hizo sentir como si fuera un perfecto ignorante.

Lo primero era el tamaño del cine, me dijo. Lo otro era la frecuencia de la proyección de películas. Uno iba a la sala porno no a que lo reconocieran mientras hacía la cola, ¿no?; generalmente uno iba a mirar con la mayor discreción posible una película, retener las imágenes en la cabeza y después castigarse en casa como buenamente podía. Al menos eso hacía él siempre. Él conocía muchas salas de cine muy pequeñas y problemáticas: los asientos escaseaban, los espectadores se sentaba muy cerca unos de otros y a veces, si no tenías suerte, te tocaba algún travesti mañoso o un viejo verde que de pronto te ponía la mano en la rodilla, o, si te sentabas más atrás, una parejita misia sin plata para el telo que tiraba en tus narices. Por último, me dijo irrefutablemente, no era cómodo estar armado y tener a alguien muy cerca de ti; menos aun la posibilidad de que esa persona también pudiera estar al palo.

—El Colón, en cambio, era enorme —me decía, prendiendo un pucho— y además programaba películas seguidas, una tras de otra. Pagabas un boleto y veías hasta tres al hilo. Ya si eras muy enfermo podías repetir, y ver los mejores títulos dos, tres veces.

La cosa, pues, era a todas luces ventajosa —concluía Castrejón—, y eso hacía del Colón un cine especial. No era necesario hacer cola y poner cara de idiota o mirar al piso como si fueses choro presentado a la prensa, del mismo modo que no era necesario esperar el cambio de cinta para entrar, tampoco mirar listín alguno ni nada parecido. Uno llegaba solapa por la Plaza San Martín a la hora que fuera, se compraba unos fallos en la esquina del cine y como que hacía la pantalla de meterse por el jirón Quilca se colaba entre las columnas, pagaba en caja con tranquilidad y entraba al cine como si nada.

—Había un tío que vendía chocolates y otros dulces en un mostrador grande —añadía—; si la pela ya había empezado y tú eras un maniático que no puede ver nada a

medias te podías quedar sentado en una sala que tenía varios muebles, quizás leyendo o haciendo cualquier otra cosa.

Le pregunté si él lo hacía y Castrejón me dijo que no. Él cruzaba la sala hasta la tela roja del teatro, la corría y se paraba a un costado de la entrada por varios segundos. A su lado, otros permanecían en sus sitios a la espera de que todo empezara a aclararse y resultara posible reconocer un buen sitio alejado de los demás. Era perfecto no verle la cara a nadie y que nadie distinguiera la tuya. Después de un par de minutos, cuando ya uno dejaba de mirar únicamente a la mujer en cuatro patas que gemía en la pantalla gigante y advertía además los perfiles de las altas paredes, las butacas, la luz que corría por el largo corredor entre los asientos, lo normal era reconocer el claro en la platea y después desprenderse del grupo, caminar por el corredor y sentarse en un asiento crujiente, a salvo de la mirada de todos los demás.

—En esas butacas vi las mejores películas de mi vida —me dijo, como invitándome a preguntarle por ellas. Me encontraba bastante lejos de interesarme por lo que él había visto allí durante todas esas tardes, así que me quedé callado. Él hizo lo propio, sin ánimo de cambiar de actitud. Me di cuenta de que tarde o temprano tendría que hablar.

—Mira, hermano —le dije, finalmente, intentando ser razonable tras un rato de vacilación—, tal como lo cuentas me parece particular la historia del teatro Colón, y ciertamente entre los amantes de ese tipo de cine debe de haber sido una suerte de recinto, de templo sagrado, comprendo todo eso, en verdad, pero para serte franco publicar ese artículo que planteas en una revista como la nuestra es muy complicado; a lo mejor podría ser el reportaje estelar de una revista distinta, una revista periodística porno, si es que eso existe, o algo similar. Si no existe, tú podrías inventarlo, y pasar a la historia, ¿no crees?

Me estaba riendo y él hacía lo mismo mientras miraba la mesa y luego la esquina en donde se podía advertir el teatro tapiado. De pronto mudó el rostro y me miró directo a los ojos.

—No te he contado la historia todavía —me dijo—; lo que te he dado es apenas el marco de lo que me pasó una tarde en una de las funciones del teatro Colón. Algo perdurable. Al menos quienes estuvimos ahí no lo olvidaremos nunca.

Dijo eso y luego agregó que tenía que ir al baño. Tuve que aguantar de mala gana algunos minutos mientras me preguntaba qué diablos podía haber pasado en una sala de cine porno una tarde cualquiera. Cuando Castrejón regresó a la mesa se encontró dos copas de pisco sour más y mi pregunta a boca de jarro: ¿qué diablos podía haber pasado?

—Una revolución —me dijo, entonces—, una verdadera revolución. Y derrocamos a Batman.

Aquello era tan absurdo y a la vez fue dicho con tal convencimiento que pensé que Castrejón me estaba jugando una broma y me reí por la locura de su apuesta narrativa: Una revolución. Y contra Batman. En un vetusto cine del centro de Lima. Castrejón podría llegar a ser un buen actor, sin duda; varias veces lo había visto tomarle el pelo a alguien una vez que se ganaba su confianza y casi siempre a través de los engaños más disparatados. Sin embargo esto era demasiado. En un momento llegué a pensar que la timidez inicial con la que lo conocí era una proyección más de su faceta histriónica. Le hice varios gestos para que dejara la broma y empezáramos a hablar de otra cosa, había estado bueno, pero en un momento, cuando me percaté de que su mirada sería no cambiaba durante varios segundos a pesar de mis risas cómplices, me temí que, a pesar de todo, esta vez no estuviese bromeando.

—Discúlpame —le dije, poniéndome también serio de pronto—. Es que me cuesta creerlo.

—Te dije que había sido extraordinario —retomó su narración—. Así como tú, yo tampoco hubiera imaginado algo así al entrar esa tarde al cine Colón.

Fue meterse entre las columnas, pagar, cruzar la sala, correr la tela roja, colocarse a un lado de la puerta, esperar, reconocer las formas del teatro, el claro pertinente en la platea y luego sentarse. Nunca Castrejón se fijaba en la película sino hasta algunos segundos después de haberse acomodado en su asiento, de modo que cuando esa vez vio una escena en la cual, en un ambiente de corte francesa, dos mujeres le introducían un juguete de plástico a un hombre por el culo tomó aquello como uno de esos pasajes lamentables, que nunca faltaban, producto del “riesgo” que tomaban ciertos directores. Con mucha calma prendió un pucho —el cine lo permitía y con él a veces alejaba algunos olores ingratos de la sala— y se dedicó a observar con calma las formas del inmenso teatro que se podían advertir a la luz del écran.

—No me imaginaba que la maldita escena duraría más de quince minutos.

El travesti llegaba como podía con gemidos sobreactuados y en cierto momento, como sucede en los cines así y las escenas no caminan, Castrejón escuchó algunos silbidos y al cabo de un rato rechifló él también. En verdad sabía que eso no modificaba nada, pero a veces esas muestras de desaprobación de una escena o toma le resultaban gratificantes, le daban valor a su participación “activa” en el hecho cinematográfico. Al menos con esas palabras me lo dijo esa noche. Después de un rato la escena terminó, dio pie a una aburrida orgía versallesca en la que mujeres bonitas pero excesivamente flacas apenas podían moverse presas de los corsés y de las pelucas que llevaban. Castrejón terminó su pucho y prendió otro y sintió cierto alivio cuando acabó la película. Había pensado que el momento tardío en que llegó al cine había influido en la percepción de ese

pasaje final; a veces las escenas últimas de una cinta lo calentaban a uno menos porque las circunstancias que rodeaban la acción, el tabú que se transgredía con el polvo que se miraba, se perdían al no haber visto el principio. Al menos eso pasaba con los filmes con argumento, que eran los que él prefería y los que se proyectaban en el cine Colón.

—Las cintas de video de ahora en que las “actrices” se calatean sin motivo, de buenas a primeras, y hablan con el director sobre la misma grabación que hacen en ese momento serán todo lo metaficcional que quieras pero no calientan un carajo —me dijo, en un aparte, como suspendiendo su relato—. Las de aquellos años, filmadas en cine, ésas sí que eran películas.

Los créditos desaparecieron y la sala se oscureció. Muchos de los hombres que ya estaban sentados hacía horas en las butacas y habían visto las tres películas de la tarde o simplemente se habían embotado de tantas contorsiones y descubrían que ya nada pasaba, aprovechaban ese momento para levantarse de sus asientos, caminar hacia la tela roja, quizá ir al baño y luego salir a caminar por Lima. Otros, pegados a la pared, al ver muchos claros disponibles, ganaban sus asientos, prendían cigarrillos y esperaban la película siguiente. Castrejón se había quedado entre ellos.

Fue entonces que las letras anunciaron el film —así lo recordó él— *Las aventuras secretas de Batman y Robin* y Castrejón se imaginó de golpe una película hilarante y acaso prometedora. Estaba acostumbrado a ese tipo de apropiaciones cinematográficas. La época dorada del cine triple equis no había escatimado en recursos e inventiva. Él había visto superproducciones basadas en las vidas de Gengis Khan, Calígula o Luis XVIII, muchas veces los guiones resultaban tener tramas detectivescas o de espías que, desde un cierto punto de vista, podrían resultar interesantes. Algunas veces rendían homenajes a películas pasadas, del cine oficial o del mismo género. Se sonrió y se imaginó a la actriz que interpretaría a Gatúbela. Con esa ilusión le dio una pitada ávida a su cigarro.

Pero nada de lo que esperaba ocurrió. Lo primero que lo desalentó fue la fotografía. A diferencia de algunos directores que disponían la luz de un modo insinuante, cálido, o por lo menos generoso, esta película hacía gala de una iluminación expresionista totalmente caprichosa, un sinsentido de luces y sombras que partía a los personajes en pedacitos. Al principio Castrejón no lo notó: la primera escena era exterior, y si bien era antojadiza y lamentable, podría augurar todavía una película desopilante. Delante de una cámara que lo seguía por la espalda, un tipo disfrazado de Batman, montado sobre un triciclo, recorría las calles de Roma mirando tetas y potos.

La gente empezó a reírse en la platea y él también. Cuando Batman reconoció a una mujer arrojada en un jardín, víctima de lo que quizás habría sido una violación, y se

la llevó a un espacio interior, fue que algunos espectadores empezaron a notar que estaban frente a una reverenda porquería. El reparto, por ejemplo, era infame.

—Para empezar el actor tenía la chula del tamaño de un niño o de un asiático micropene, ¿me explico? —decía Castrejón un poco exaltado, achispado sin duda por el pisco—. Se supone que el actor principal tiene que ser aventajado.

Batman no sólo tenía un colgajo ridículo y artificialmente rosado sino que además nunca la metía; sólo miraba a varias mujeres que, sin ton ni son, refugiadas no se sabía por qué razones en la baticueva, se lamían unas a otras vestidas con unos espeluznantes trajes plastificados. Delante de ellas, o a veces escondido tras un mueble, el hombre murciélago se hacía pajas delante de la cámara y movía torpemente la lengua como fingiendo estar excitado. Las bromas entre los espectadores no se hicieron esperar. Alguno, desde el fondo de la sala, se animó a gritar “Batman, tas hasta el culo” y el resto de la platea se rió. Castrejón, algo más serio, se decía que una película tan mala era imposible: las mujeres parecían desnutridas, como salidas de un campo de concentración, estaban torpemente maquilladas y a tal punto Batman se restregaba contra los muebles que sospechó que eso no era más que una cortina, un preámbulo para darle más valor a la futura verdadera acción.

—Estaba casi seguro de que de un momento a otro aparecería el verdadero Batman o un Guasón realmente guasón, es decir, con una guasaza —se reía Castrejón, y me hacía reír mucho a mí también, ya cómodamente instalado en esa butaca de cine—, pero nada. Una mierda, en serio.

De pronto en el écran apareció Robin. Estaba igualmente desprovisto de atributos de modo que hasta cierto punto era comprensible que siguiera la conducta de su líder. Ambos superhéroes veían a las mujeres bailando y de pronto, como para refrendar todas las sospechas que han recaído sobre ellos durante muchos años, el chico maravilla empezó a correrle la paja a Batman y este, al final, en la escena quizá más lamentable de toda la historia del cine porno —eso decía Castrejón—, fingió orgasmos desgarradores mientras soltaba un ramalazo de pichi sobre el piso del plató. Ese fue el tope de lo que cualquier público podía aguantar. Fue entonces que empezó a gestarse la rebelión para derrocar a Batman.

—Al principio no noté muy bien el cambio de actitud en la platea —me decía, ya dueño de la situación, Castrejón: yo estaba inmóvil, mirándolo—. Cuando el tipo se puso a orinar algunas personas rechiflaron como protesta y otras empezaron a decir frases cortas, expresiones como “ya pues, oye” o “mi plata”, las típicas cosas que se dicen en los cines cuando la función es una desgracia. Pero cuando la escena siguiente resultó casi un calco de la anterior, sólo que Batman se restregaba contra los zapatos de una chica y

Robin se iba de bruces sobre una muñeca de plástico, entonces sí que todos perdimos el control.

El silencio fue rasgado primero por un silbido, luego dos, después un rechifle, una frase de indignación corta seguida por muchas otras parecidas, un carpetazo a una butaca, gritos más erizados aquí y allá y de pronto todo el cine, o todo el viejo teatro republicano, se convirtió en una verdadera tribuna de hombres que más parecían esperar un partido de fútbol o el último round de una pelea de box. Los gritos llegaron de sitios más alejados, parecían expandir la sala del recinto, y en medio de ese fragor Castrejón, además de intuir el verdadero tamaño del Colón, el esplendor de sus mejores años, sintió que tenía que hacer algo y se puso a gritar también. Sólo un par de segundos más tarde escuchó la voz que —él asegura salió del fondo de mezanine— atronó en el lugar como la descarga eléctrica o el grito de guerra que antecede a la hecatombe.

—¡Desaparezcan al murciélago de mierda, hijos de puta!

Como si hubieran identificado al enemigo los hombres empezaron a pararse de sus asientos y a lanzar a voz en cuello una sarta de improperios contra el actor, la película, los administradores del teatro, los dueños y, por supuesto, contra las madres de éstos. Entre las voces crispadas, iracundas, que reventaban en la oscuridad, la de Castrejón se desató. Como nunca en su vida soltó palabrotas que jamás había pensado gritar con esa energía y como nunca se sintió libre y a la vez parte de una lucha colectiva, gremial.

—De pronto todos estábamos parados delante de nuestros asientos y sólo unos segundos después un hombre se salió de las butacas, subió las escaleras del escenario y se puso a golpear el écran, a batir la tela y luego otros más se subieron también sobre sus asientos. En mezaninne todos estaban apostados sobre la baranda, y algunos habían trepado hacia la cabina de proyección. De repente, en medio de la locura que reinaba en todos los rincones del lugar la película paró.

Fueron segundos de total oscuridad en los que Castrejón no pudo ver ni las palmas de sus manos a centímetros de sus ojos. Sólo recordaba que cuando el superhéroe desapareció, la pantalla se apagó y el espacio en que estaba quedó en tinieblas, una salva de gritos triunfales, de vítores y aplausos atronadores explotó bajo la bóveda y remeció los cimientos del edificio. Bajo ese estruendo, Castrejón pensó en una gran hazaña, en un ejército de guerreros que marchan a la batalla final en medio de una noche cerrada.

—Y en eso fue que ellos encendieron las luces —me dijo, finalmente, tratando de recuperar la compostura—; allí fue que vi el teatro tal como era por primera y única vez en mi vida.

Sucedió como un golpe que los sacó de una ceguera para sumergirlos en otra. Si se quiere una ceguera de luz. Primero se llevaron las manos a los ojos, como viseras, y

después, cuando se miraron unos a otros en el teatro completamente desnudo —Castrejón descubriría después varios reflectores tras unos vitrales empotrados en las esquinas del techo—, todos se sonrieron, se saludaron con las cejas, con las manos, como si se conocieran de años o como si fueran socios de algún club o miembros de una hermandad secreta. Atrapado en un estado ingrátido, Castrejón me dijo haber presenciado una indeleble imagen surreal: un teatro de estructuras espléndidas mostraba ante él unas alfombras llenas de lamparones, colillas de cigarrillos y manchas de esperma; paredes ennegrecidas, descascaradas, cortinas percutidas y finalmente butacas tragadas por polillas: muchas de ellas rotas, otras quebradas. Recorriéndolas con la vista, Castrejón reconoció aburridos empleados de oficinas del centro con ternos percutidos y legajos en las manos, estudiantes universitarios con cuadernos y libros de ciencias, señores de edad con periódicos bajo el brazo y crucigramas a medio llenar, escolares con ropa de colegio a los que ahora sí dejaban pasar y que le hicieron recordarse a sí mismo. Mirando una y otras vez a esas personas, saludándolas con la vista, se preguntó si no habían descubierto el teatro del mismo modo que él y en el mismo tiempo, o si, aun mejor, no habían sido ellos quienes habían estado siempre en la sala las mismas veces que él. No es extraño que entre esas personas que no tenían mejor manera de pasar la tarde un día de semana cualquiera él no se sintiera solo.

Me dijo todo eso y yo no hice otra cosa que mirar el cine y sentir un torpe cariño por él, cierta pena por que lo cerraran sin que yo lo hubiera conocido.

Castrejón estaba en medio de esa visión imborrable cuando un hombre a unas tres butacas de su sitio le pidió un cigarrillo. Era un negro alto, de unos cincuenta años, llevaba una chompa tejida a mano quizás por su mujer. Castrejón le dijo que claro, se acercó a él, le prendió el pucho, y se animó a comentarle lo mala que había estado la película.

—Ni un solo buen polvo, sobrino —le dijo el hombre, levantando el cigarro como señal de agradecimiento—. No hay derecho.

En ese momento su rostro desapareció, también la sonrisa que empezaba a esbozar con unos dientes blanquísimos, y de la total oscuridad que duró apenas uno o dos parpadeos surgió el ruido del proyector corriendo las cintas, la luz en el escenario, los créditos de una nueva película sobre el écran y una metralla casi incontenible de aplausos. Habían triunfado, ¿me daba cuenta? Castrejón también aplaudió, se volvió a sentar en su butaca, encendió un cigarro y con una satisfacción secreta reconoció el nombre del director, de la actriz principal y se entregó mansamente a lo que él llamo “la magia del cine”.

—Fue una jornada épica la de ese día —me dijo después, una vez que acabó con

su pucho; luego lo restregó contra el cenicero y se puso a mirar nostálgicamente la avenida Colmena.

—Ya lo creo —fue lo que alcancé a decir.

Después de un largo rato en que le formulé una serie de preguntas sobre ese día y él expandió su narración con más detalles sobre los gritos de la gente, las expresiones de júbilo y el aspecto del teatro con todas las luces prendidas y luego de que volviera a contar una y diez veces más ciertos pasajes con otros aderezos que me hicieron reír durante mucho rato, recordé de pronto que era quincena y que estábamos en pleno cierre de edición, que el diagramador debía de estar esperándonos furioso en la oficina y nosotros aun no habíamos corregido pruebas y encima Castrejón no me había pasado los textos para las leyendas de sus fotos. Pedí la cuenta y salimos; a pesar de la prisa que llevábamos no pude evitar pedirle acercarnos un poco al teatro y echarle un vistazo. Frente a mí, las columnas se veían absurdas al lado de esos paredones levantados a la mala, de esos ladrillos entre cuyas juntas parecía chorrear un cemento aun fresco. Entendí por qué Castrejón se había entristecido tanto cuando llegamos a la Plaza San Martín camino al hotel Bolívar. Lo vi aproximarse al cine y, empujándose por sobre el nuevo muro, aguardar dentro de él. Aun se podían ver en el interior, entre las sombras, un cartel descolorido y lo que había sido la boletería como si fueran parte de una película de terror o un cuadro de Polanco. Imaginé a Castrejón y a sus compañeros entrando y saliendo de entre las columnas del cine y de un momento a otro me puse a caminar hacia el jirón de la Unión. Una vez que él me alcanzó más adelante le pregunté qué pasó después de que cambiaran de película aquella tarde.

—Nada —me respondió, emparejando su paso al mío—. No pasó nada.

La cinta siguió su curso y él pudo ver cuerpos de mujeres espléndidas, posiciones notables y maniobras gimnásticas, uno, dos, tres polvos plenos. En algún momento volteó y notó que el hombre que le había pedido un cigarrillo se había ido. Luego lo hicieron otros, desde otros sitios, y durante la película llegaron algunos nuevos, a llenar los claros dejados por los anteriores. Cuando ese filme acabó y empezó otro, un grupo grande de espectadores abandonó la sala y otro de nuevas personas se instaló en los asientos. Castrejón recibió de un modo incómodo la presencia de esa gente extraña en la sala, de modo que apenas descubrió que ya había visto la película antes se paró rápidamente de su asiento, caminó cabizbajo por el pasadizo intentando que nadie —un posible conocido, acaso un familiar— lo reconociera y después de correr la cortina roja, cruzar el foyer y acercarse a la columnata y dar un salto desde ella, se puso a caminar en la noche como si viniera del jirón Quilca, como una persona a la que se le ha pasado la hora mirando libros y comprando bagatelas en el centro.

Ahora ambos caminábamos rumbo a la revista y el viento fresco de la madrugada nos había dado un nuevo aire, había disipado algo los efectos del licor. Castrejón me dijo sin que le preguntara nada que tendría listas sus leyendas en un segundo y que, además, de puro colaborador, me ayudaría a revisar pruebas. Ciertamente no era un editor, agregó, pero podía detectar un error de tipeo, alguna redundancia, ciertos detalles. Le agradecí la generosidad y la verdad es que no me sorprendí cuando me dijo si ahora ya estaba interesado, si creía que el cine Colón o el teatro Colón no merecían un responso, una necrológica, un homenaje o eso que se escribe para las cosas que ya murieron y no existen más. Lo miré andar a mi lado y la verdad es que tuve deseos de abrazarlo, de invitarle una cerveza en el chifa de mala muerte que estaba al lado de *La República*, de seguir conversando con él toda la noche. Sin embargo sólo sonreí mientras esquivaba un charco de agua sucia entre los baches del jirón Camaná. Ambos caminábamos a prudente distancia.

© Jeremías Gamboa 2007

Este texto no puede reproducirse ni archivararse sin permiso del autor y/o The Barcelona Review. Rogamos lean las [condiciones de uso](#).



**Jeremías Gamboa** (Lima, 1975). Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima e hizo una maestría en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Colorado en Boulder, Estados Unidos. Ha ejercido el periodismo y la crítica de arte en revistas como *El Dominical* y *Somos*, del diario *El Comercio*, *Quehacer* y *Lienzo*. Este año publicó *Punto de fuga*, su primer libro de cuentos.

navegación:

[index català](#)

f i c c i ó n

**Joaquín Fortanet:** Petersburgo

**Jeremías Gamboa:** Un responso por el cine Colón

**Melanie Taylor:** Cuentos al garete

n o t a   d e   a c t u a l i d a d

**En voz bien alta**

Una antología de las poetas de los 50 y los 70

p o e s í a

**Renée Vivien,** una pasión

r e s e ñ a s

*El día de los inocentes* **Josip Novakovich**

*La desaparición* **Joaquín Fortanet**

*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* **Álvaro Mutis**

s e c c i o n e s   f i j a s

**Reseñas**

**Breves críticas (en inglés)**

**Ediciones anteriores**

**Página del editor**

**Envío de textos**

**Audio**

**Enlaces**

## En voz bien alta

### Una antología de las poetas de los 50 y los 70

**Presentación de *En voz alta. Las poetas de las generaciones de los 50 y los 70*. Edición de Sharon Keefe Ugalde (Madrid, Hiperión, enero de 2007)**



El pasado 22 de octubre se presentó esta antología en el

Aula de Escritores del Ateneo de Barcelona, con la presencia, en la mesa, de Sharon K. Ugalde, de la profesora Helena González de la Universidad de Barcelona, y también, de quien estas líneas escribe (en su calidad de poeta antologada).

La edición, muy cuidada, reúne treinta y tres nombres, con una breve biografía de cada uno de ellos, más una poética y una amplia selección de textos. En su intervención, Sharon K. Ugalde justificó la necesidad de esta antología, que viene a cubrir un olvido de muchas de las autoras incluidas y las sitúa en el lugar que les corresponde dentro de los despieces generacionales que la crítica literaria emplea para elaborar la historia de los diversos movimientos y épocas o estilos poéticos.

Para la confección de la antología se han utilizado, al establecer los parámetros de selección y ordenación, fechas de nacimiento entre 1924 y 1949, fechas que sirven, por un lado, para enlazar con la antología de Noni Benegas y Jesús Munárriz publicada hace ya diez años (*Ellas tienen la palabra: dos décadas de poesía española*; Madrid, Hiperión, 1997) y, por otro, para replantear el posicionamiento de las mujeres frente al concepto crítico de «generación poética» tal como se ha venido haciendo en la historiografía de la poesía desde los años cincuenta.

Destacó la autora que las perspectivas de las poetas antologadas todavía no forman parte del prisma a través del cual se construye la historia de la poesía de los 50 y los 70. Entre 1989 y 2000 se publicaron cuatro antologías poéticas con fines didácticos, lo cual

que se infiere por las editoriales en que aparecieron, y en las que sólo aparecen tres mujeres. Sharon K. Ugalde lanza una serie de hipótesis sobre el porqué de la ausencia de voces femeninas en las antologías que se pueden considerar canónicas: la publicación tardía de algunas; los largos períodos de silencio de poetisas como M. Victoria Atencia o María Beneyto; el aislamiento geográfico, el exilio y la emigración, y la extrema independencia de sus voces respecto a las tendencias dominantes.

Ugalde habló a continuación del concepto de mujer en el régimen franquista, ya que la mayoría de las poetisas escribieron durante los cuarenta años de dictadura y sólo a partir de la muerte de Franco el concepto de mujer aparece como un ser dotado de libertad personal. No hay que olvidar que hasta 1978, año en que se aprobó la Constitución española, las mujeres no podían abrir una cuenta corriente ni viajar al extranjero sin el permiso del marido. La construcción cultural del género fue un gran obstáculo para las mujeres con vocación poética: se las quería sumisas, hogareñas, madres, pacientes, dulces, dependientes y poco sabias. Pero, a pesar de todo eso, las mujeres alzan la voz, aunque esa voz no la reconozca la historiografía al uso. El acto literario, subrayó Ugalde, no es sólo producción, sino también recepción, por lo que se puede afirmar que el silencio poético de las mujeres en las antologías y los libros de texto no se debe a que ellas no hablen, sino a que no se las escucha. La recepción de la poesía de las mujeres se ha caracterizado por su inaudibilidad, a pesar de que en las poetisas de los 50, por ejemplo, aparecen los mismos temas que en la poesía de los escritores varones, a saber: preocupaciones existenciales, éticas y sociales, búsqueda del conocimiento y de la identidad personal, reflexión sobre la injusticia, etc. Y lo mismo sucede con las poetisas de la generación de los 70: textualidad, metapoesía, culturalismo, fragmentarismo, poesía del silencio...

Todo y así, hay en los textos de las poetisas incluidas en esta antología otras características de género que los textos canónicos rehúsan. Las poetisas de *En voz alta* ponen sobre el papel sus experiencias, desde el encierro doméstico y psíquico hasta el reconocimiento del derrumbamiento de la cultura occidental y la inutilidad del lenguaje, y no ocultan tampoco los efectos devastadores de la construcción patriarcal de la feminidad. Podemos citar aquí las obras de Julia Uceda, María Victoria Atencia, Cristina Lacasa o Juana Castro. Con frecuencia aluden a la locura –Ofelia será un personaje poetizado por muchas escritoras– y a la imagen del enclaustramiento para expresar la gravedad del estado de sofocación en que se encontraba el sujeto femenino. Hacer visible la experiencia de la reclusión desde la perspectiva de las mujeres es una forma de confrontar el sujeto hegemónico.

Más allá del discurso patriarcal y de la feminidad normativa, las poetisas de estas

generaciones hablan de «ser escritoras» y del arte poético, y reconocen el poder que la palabra les da para crear posiciones de sujeto, para reclamar el cuerpo como objeto de placer y de deseo y para formular el amor sin trabas de ningún tipo. La revisión se convierte para las poetisas en una de las estrategias textuales más empleada para la creación de un espacio discursivo propio.



Revisión de mitos culturales, el rescate –sobre todo el redescubrimiento de voces olvidadas y, también, de temas no considerados propios de la escritura de mujeres–, la formulación de un tiempo no lineal con la aparición de un eterno presente, la permeabilidad del ser y la reciprocidad desjerarquizada en la relación con el otro son algunas de las claves que Sharon K. Ugalde dio, en el curso de la presentación, para la lectura e interpretación de los textos de las poetisas de los años 50 y los 70.

Por su parte, Helena González inició su intervención afirmando que Ugalde es, casi con total seguridad, la única historiadora que se ha ocupado de manera sistemática de las poetisas españolas, ya que con

anterioridad publicó un libro en el que recogía varias voces femeninas y, además, un estudio sobre María Victoria Atencia. González calificó de «generosa» una antología como ésta, puesto que permitirá que los estudiosos del futuro dispongan de un material muy valioso para sus investigaciones. La presentadora añadió –y no sin un toque de humor– que la obra podía considerarse también una «enciclopedia y una guía de viajes», porque abre nuevos itinerarios lectores sobre poéticas que han sido mal leídas y peor estudiadas, pero que ahora, con las herramientas críticas que ofrece hoy la crítica feminista, estamos en disposición de leerlas *de otra manera*.

Aprovechando su estancia en Barcelona, Ugalde pronunció en la Universidad de Barcelona una conferencia en la que avanzó parte de sus investigaciones actuales sobre la reescritura, por parte de las poetisas de la península, de la figura shakespeariana de Ofelia. Partiendo de la fijación del mito por parte de los pintores decimonónicos ingleses y norteamericanos, sobre todo los prerrafaelitas, ofreció un itinerario por aquellos textos poéticos que abordan el personaje desde puntos de vista distintos de los de la iconografía clásica. Textos que liberan a Ofelia de la muerte, de la locura o de la anorexia y, dándole la vuelta al mito como si fuese un calcetín, hacen de ella una figura activa y hasta rebelde. Así, leyó textos de Blanca Andreu, Noni Benegas, Xoana Torres y Luz Pozo Garza,

además de presentar una extensa lista de más de cincuenta nombres de poetas que tratan el tema en sus versos desde *otra* mirada.

© Cinta Montagut 2007 para *TBR*

© de la fotografía: Joan Roca

Este texto no puede reproducirse ni archivararse sin permiso del autor y/o The Barcelona Review. Rogamos lean las [condiciones de uso](#).

navegación:

[índex català](#)

**tbr** noviembre-diciembre 2007 no. 61

## f i c c i ó n

**Joaquín Fortanet:** Petersburgo

**Jeremías Gamboa:** Un responso por el cine Colón

**Melanie Taylor:** Cuentos al garete

## n o t a d e a c t u a l i d a d

### **En voz bien alta**

Una antología de las poetas de los 50 y los 70

## p o e s í a

**Renée Vivien,** una pasión

## r e s e ñ a s

*El día de los inocentes* **Josip Novakovich**

*La desaparición* **Joaquín Fortanet**

*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* **Álvaro Mutis**

## s e c c i o n e s f i j a s

### **Reseñas**

**Breves críticas (en inglés)**

**Ediciones anteriores**

**Página del editor**

**Envío de textos**

**Audio**

## Enlaces

[www.barcelonareview.com](http://www.barcelonareview.com) [índice](#) | [inglés](#) | [catalán](#) | [francés](#) | [audio](#) | [e-m@il](#)

## *Renée Vivien, una pasión*

Ofrecemos a continuación una breve serie de composiciones de la poeta y novelista que, aunque nacida en Londres en 1877 como Pauline Mary Tarn, a sus veintitrés años, ya en París –donde fallecería en 1909– adoptó el nombre Renée Vivien y escribió toda su obra en francés. Edicions Igitur, en su colección de poesía, acaba de editar un poemario con selección, traducción y prólogo de Aurora Luque y un epílogo formado por fragmentos de *La pasión según Renée Vivien*, de Maria-Mercè Marçal (Barcelona; Seix-Barral, 1995; traducción española de Pilar Giralt Gorina). Los textos que aquí reproducimos pertenecen a los siguientes títulos: *Études et Préludes*, *Cendres et Poussières*, *Effeuilements* [en colaboración con Hélène de Nyevelt] y *À l'Heure des mains jointes*.

### **Victoria**

Dame los besos tuyos amargos como lágrimas,  
de noche, cuando aquietan los pájaros sus vuelos.  
Poseen nuestras cópulas, largas y sin amor,  
júbilo de rapiña, crueldad de violaciones.

Tus ojos reflejaron esplendor de tormenta...  
¡Exhala tu desprecio hasta en tu propio espasmo,  
querida mía, y ábreme con cólera tus labios!  
Beberé lentamente las hieles y el veneno.



Tiemblo como un ladrón ante un botín insólito  
en la noche de fiebre que apaga tu mirada...  
¡El alma brusca y bárbara de los conquistadores  
canta en mi propio triunf



## **Lasitud**

Me dormiré esta noche con dulce y largo sueño.  
Cerrad los cortinajes, que no se abran las puertas.  
No dejéis, ante todo, que entre el sol. Y poned  
En torno a mí una noche saturada de rosas.

Posad en la blancura mullida de la almohada  
esas flores mortuorias de perfume obsesivo.  
Ponedlas en mis manos, la frente, el corazón.  
Esas pálidas flores como de cera tibia.

Y yo diré muy bajo: «Nada mío perdura.  
Mi alma reposa al fin. Tened piedad de ella.  
Respetad su descanso por toda eternidad».  
Me dormiré esta noche con la más bella muerte.

Que se deshojen flores –blancos nardos y lirios–.  
Que se calle, en el umbral de las puertas cerradas,  
el eco persistente de los viejos sollozos.  
¡Ah, la noche infinita, empapada de rosas!



## **Torres de Burgos**

Cubriéndose a manera de sudario  
con sombras grises y hondas agonías,

graves como el retrato de un abuelo,  
las torres seculares se alzan muertas.

Calles y callejuelas  
hormiguean con ásperos espantos.  
Las casas, con tejados perforados,  
viven sepulcralmente.

Se siente allí un impulso muy confuso:  
la incertidumbre cambia los caminos  
de la fecundidad hacia la muerte  
y de la podredumbre hacia la vida.



## **Llévame a ti, Venecia**

Sin amiga y sin libro, errante en las orillas  
que mustia el sol y acaricia la luna,  
Venecia, yo he de ser como una dogaresa  
poseída por el sueño de tus canales lúgubres.

Tú, que sabes cuán fuertes pueden ser las tristezas  
—porque su voluntad triunfa sobre el instinto  
y poseen un rostro distinto que lastima—,  
arrástrame, Venecia, a tu honda agua marchita.

Y cuenta a esos amantes vulgares del futuro  
que ya les he juzgado y que yo los desprecio.  
Oh tú, la solitaria, la altanera Venecia,  
diles que nos burlamos de su humana alegría.

Desdeñémosles: son una turba insensata.  
Ellos no saborean el exquisito tedio  
de estar solos en medio de los hombres: a ellos  
un desorden carnal les mató el pensamiento.

Diles, oh tú que flotas en las aguas  
Fúnebre como yo, fría y oscura,  
diles tú con mi voz de sombra y ya sin eco:  
sólo es bella la muerte en tus hondos canales.



© Aurora Luque / Ediciones Igitur 2007 [Estos textos se reproducen por cortesía de [www.edicionesigitur.com](http://www.edicionesigitur.com)]

© de la fotografía: Nacho Alcalá



**Aurora Luque (Almería, 1962):** Poeta, traductora y profesora de griego antiguo, pasó su infancia en Cádiar, en la Alpujarra granadina. Se licenció en Filología Clásica por la Universidad de Granada. Dirige la editorial Narila, especializada en literaturas mediterráneas. Codirige con el poeta Jesús Aguado la colección "MaRemoto" de poesía internacional. Es miembro del Consejo Asesor del Centro de Publicaciones de la Diputación de Málaga (CEDMA), miembro del Consejo Rector del Instituto Municipal del Libro de Málaga y miembro del Consejo Social de la Universidad de Málaga. Es articulista de opinión en el *Diario Sur* de Málaga desde abril de 1999 y colabora esporádicamente en la prensa literaria (*Clarín, Hélice, El laberinto de Zinc, Zurgai, Atlántica, Gulnara, Ficciones, Litoral, El maquinista de la generación, Sibila, El fingidor*, etc). Pertenece a los consejos de redacción de la revista *El Fingidor* de la Universidad de Granada y de la revista cultural *Zut*. Para su bibliografía como autora y traductora, véase [www.auroraluque.com](http://www.auroraluque.com)

Este texto no puede reproducirse ni archivararse sin permiso del autor y/o The Barcelona Review. Rogamos lean las [condiciones de uso](#).

**tbr** noviembre-diciembre 2007 no. 61

**f i c c i ó n**

**Joaquín Fortanet:** Petersburgo

**Jeremías Gamboa:** Un responso por el cine Colón

**Melanie Taylor:** Cuentos al garete

**n o t a   d e   a c t u a l i d a d**

**En voz bien alta**

Una antología de las poetas de los 50 y los 70

**p o e s í a**

**Renée Vivien,** una pasión

**r e s e ñ a s**

*El día de los inocentes* **Josip Novakovich**

*La desaparición* **Joaquín Fortanet**

*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* **Álvaro Mutis**

**s e c c i o n e s   f i j a s**

**Reseñas**

**Breves críticas (en inglés)**

**Ediciones anteriores**

**Página del editor**

**Envío de textos**

**Audio**

**Enlaces**

# Reseñas

61

*El día de los inocentes* **Josip Novakovich**

*La desaparición* **Joaquín Fortanet**

*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* **Álvaro Mutis**



*El día de los inocentes*

**Josip Novakovich**

**El Andén, Barcelona 2007**

Es difícil encontrar una novela o una historia que aglomere esas dosis de humor y horror. Está demás decir que en español no abundan este tipo de libros, ni en muchas otras lenguas, dedicados comúnmente a una de las dos cosas pero no a ambas a la vez, puesto que se trata de un tema delicadísimo, que debe ser tocado con pinzas y manos de cirujano, como el tema que se toca aquí, el del conflicto de los Balcanes. Su autor, de origen croata, es uno de esos poquísimos autores capaces de escribir genialmente en una lengua que no es la suya, ya que originalmente está escrita en inglés. El Andén acaba de publicarla en español, una de las doce lenguas a las que ha sido traducida.

La historia se inicia con el nacimiento del protagonista el día de los inocentes, su padre lo ha bautizado como Iván solo porque fue el primer nombre que “le vino a la cabeza”. Desde ese fatídico día que marca su destino, nos vamos introduciendo en la vida de este personaje entrañable, cuya riqueza y profundidad es reveladora en cuanto a la proporción del complejo ambiente que le ha tocado, haciendo de ella un emblema de lo absurdo o la tragedia.

A los 19, Iván es puesto en prisión después de bromear con un compañero universitario sobre matar a Tito. Un oficial oye la conversación y una vez en la cárcel, el propio Tito le ordena compartir un cigarrillo y una charla con él. Más tarde será puesto en libertad tres años antes de lo debido sin que hubiera una explicación.

Seguidamente las pugnas políticas y el incremento de la crispación entre las regiones de la ex Yugoslavia tras la muerte del dictador, prácticamente atosigan la atmósfera de un clima de tensión que acaba por poner a nuestro protagonista al servicio del ejército yugoslavo. Cuando nuestro héroe es enviado a luchar en Croacia será capturado por el ejército enemigo para luchar contra Serbia, de lo que resulta una sátira de la guerra, de la religión y del concepto de estado en el siglo XX, no exenta, por supuesto de un humor corrosivo que parece ser una mezcla de dos obras igualmente corrosivas a las que parece mirar de soslayo, *Candido* de Voltaire y *Viaje al fin de la noche* de Ferdinand Céline.

Hilarante y divertida esta novela se lee de un tirón y es una excelente carta de presentación del autor.



*La desaparición*  
**Joaquín Fortanet**  
**Dilema, Madrid, 2006**

Véase el extracto “**Petersburgo**” en este número.

Bromas del destino o capricho furtivo de la metatextualidad, el relato corto publicado hace un año en la revista virtual *DosDoce* bajo el nombre de *La desaparición*, texto sobre el que gravita la primera y notable novela homónima del escritor castellonense Joaquín Fortanet, desapareció tras una actualización o un rediseño de la página Web. Sin embargo, en un juego de muñecas rusas, como el que propone Fortanet en su novela, el relato corto dejó sus pistas en el índice del link en el que pudo ser leído durante un tiempo ([http://www.dosdoce.com/relatos\\_breves.htm](http://www.dosdoce.com/relatos_breves.htm), para aquellos que quieran jugar a ser el Philip Marlowe posmoderno). Así que, fiel parábola de su condición, el relato *La desaparición* realmente desapareció. Pero dejó sus pistas. Pistas que se convierten en piezas de un puzzle obsesivo para Nicolás, protagonista de la novela y fiel deudor de los personajes nacidos a contracorriente de las tramas conspiranoides, piezas que debe encajar para recuperar el amor de Helena, una chica desconocida que le envió un relato corto que se convierte en el germen divulgativo de una conspiración urbanística, con raíces históricas, filosóficas e, incluso, literarias. (Por lo demás, y para que el juego continúe, en este número de la revista recuperamos el relato desaparecido, esta vez bajo el título “**Petersburgo**”).

Nicolás y Helena, los dos personajes protagonistas, se enfrentan a una conjura que va más allá de la simple trama conspirativa. Atrapados entre las calles de dos monstruos urbanos, Petersburgo y Barcelona, con ecos cosmológicos de otras serpientes de neón, los personajes se adentran en el juego esquizoide y cabalístico de descifrar una conjura que destape una conspiración prolongada en el tiempo. Como señala el inicio de la novela, hay historias que cruzan los siglos como un trasatlántico para después desaparecer. Y, precisamente, la desaparición de Helena provocará toda una serie de acontecimientos que cobrarán una insoportable vigencia en el títere Nicolás, abrumado entre un mago ruso, un Lada blanco, un catedrático con un solo ojo, una rubia loca y mentirosa y un antiguo plan que evidencia una antiquísima trama urbanística, urdida en tiempos del mismísimo Richelieu, que suscribe la construcción de siete grandes urbes bajo el síndrome de la desaparición, la fantasmagoría y lo arcenes sazonados sobre cadáveres.

Es La desaparición una novela negra. Una primera novela que deja destellos brillantes, de lenguaje mordaz, de literatura valiente. Una novela que juega con los géneros, los subvierte y los entremezcla, en una hibridación genérica propia de aquello que insisten en llamar posmodernidad. Juego intertextual y dialoguismo referencial, se mezclan en La desaparición tramas detectivescas al más puro estilo noir, con persecuciones, llamadas anónimas, pisos desvalijados, con tramas conspirativas relacionadas con uno de los cánceres de nuestra sociedad: las tramas urbanísticas. Referencias literarias y citas intertextuales que encierran la transformación y la obsesión lisérgica del Kafka conspirador de El proceso y el recurrente juego de espejos del Borges empeñado en jugar a las muñecas rusas. Como un texto que produce otro texto y así sucesivamente (las nuevas generaciones no tendrán problemas en llamarlo link), la narración se sucede en La desaparición a partir de un relato corto original que se convierte en génesis de una conspiración, que llevará al lector a las profundidades de una Petersburgo que vigila a sus habitantes y los encierra en una tela de araña, cómo sucede con el Eixample de Barcelona. Y es precisamente en este relato corto, integrado por varios relatos cortos que generan, a su vez, otro relato que se convierte en la realidad de la novela, donde el autor muestra su mayor brillantez. Genera sentido a través de un hipertexto, una unión de links que crean un relato muy propio de la posmodernidad, en el que se mezclan amigos imaginarios, la mafia peterburguesa, un hipnotizador, una desconocida y un mapa de la gran urbe rusa que genera los distintos relatos que impregnan sus calles.

Posee *La desaparición* las virtudes y los defectos de una primera novela. No es una novela sencilla. Su lenguaje directo, muy visual y heredero del lenguaje cinematográfico en determinados momentos, imprime un ritmo narrativo muy adecuado para el género negro. Sin embargo, también creemos que el carácter valiente, sugerente y original de la novela viene acompañado por ciertas pretensiones autoriales propias del querer gustar de una primera novela. La fragilidad con la que se tejen los elementos conspirativos contrasta con la claridad expositiva de la evolución del personaje protagonista. Personaje que despierta una total empatía con el lector. Pues es el clásico personaje hitchcockiano metido en una trama conspirativa sin quererlo ni beberlo.

Como se dice en la novela, la lectura de *La desaparición* puede hacer saltar la última resistencia. Una resistencia que, si lee la novela, deberá superar, pues no podrá dejar de seguir los pasos de Nicolás y los conjurados que lo persiguen para hacerlo desaparecer. Y como señala el final de la novela, el lector se sumergirá en una historia que cruza los siglos como un trasatlántico para, en un determinado momento, desaparecer.

**Aldope.**

---

## Siempre un poco más lejos



*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*

Álvaro Mutis

Siruela, Barcelona, 2007

Leer a Álvaro Mutis supone un baño de imaginación en un mundo atiborrado de imágenes carentes de aliento y de poesía, una invitación a leer el mundo desde el hombre, a escuchar una voz que dice unas pocas palabras verdaderas y que se arriesga a mirar hacia el horizonte más

lejano, aunque sea una visión que entraña riesgos evidentes. Poeta, novelista, cronista y ensayista nacido en Bogotá en 1923, sus raíces literarias están en un paraíso de tierra caliente, en Coello, la finca cafetera de sus abuelos en las estribaciones de los Andes donde pasaba sus vacaciones y que más tarde se convirtió en seguro descanso a una vocación errante que desde su infancia le llevó varias veces a Europa. Es por ello que las errancias de lugares y sentimientos de Mutis encuentran afinidad en las de Maqroll,

personaje heterónimo que acapara la práctica totalidad de su obra y que echa a andar procedente de un libro de versos, desde el poema Oración de Maqroll hasta la saga de siete novelas agrupadas bajo el título Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero, todas ellas datadas entre 1986 y 1993, coincidiendo con la publicación de los relatos La nieve del Almirante y Tríptico de mar y tierra, respectivamente. Si el personaje nace de un poema, la formación de Mutis como narrador hunde sus raíces asimismo en la poesía. La tardía prosa, toda la narrativa desde la Odisea, principio de nuestro imaginario, surge del verso, esa lengua universal perdida que en ocasiones aflora con la magia de su escurridiza presencia. A esa lengua apela la totalidad de la obra poética y narrativa de Álvaro Mutis, que se convierte así en un mapa de los estados del alma que van, desde una inicial celebración de la vida, a la constatación de lo que sucede en el mundo como consecuencia de las acciones mezquinas de los hombres.

Maqroll nos ofrece en esta prodigiosa novela una lección sobre la aventura de vivir. Como gaviero, es el hombre que ve más allá de horizonte; entre las gaviotas, frente a la inmensidad y en la soledad más absoluta, es la conciencia del barco. Es el poeta, el que ve más lejos –aquí radica su condena– y anuncia y ve por todos. Encarna esa tremenda experiencia que golpea la vida de todo adulto después de recorrer algunos callejones hostiles y oscuros: la desesperanza ante la puerta cancelada que simboliza el imposible regreso al utópico paraíso de la infancia. El Gaviero es un testigo errante del tiempo y del destino, vagabundo confiado en que hay un orden oculto en las cosas que hará de su deriva un itinerario. Su errancia denota una extraña pulsión hacia lo desconocido de la que surge una estética de tinte existencialista, pues sus andanzas no conducen a nada. Álvaro Mutis revela a través de su mirada el mundo del hombre contemporáneo, el itinerario de una conciencia dentro del caos, la visión propia de quien posee “una fervorosa vocación de felicidad constantemente traicionada, a diario desviada y desembocando siempre en la necesidad de míseros fracasos”, como se describe a sí mismo Maqroll en su diario. Es, por tanto, configuración del héroe desarrollado del paradigma antiguo, pero también su contrafigura, su trágico espejo, más acorde con la filosofía escéptica y desesperanzada del hombre de nuestro siglo pues Mutis, como Conrad, ve en el mar un espejo inquieto que en su movimiento borra todo rastro del paso de los hombres. El Gaviero, antihéroe solitario, acepta con una entrega casi devocional lo que le propone la vida, asumiendo sus actos como un extraño de sí mismo. Como su creador, se nos revela como un ferviente lector capaz de instalarse plenamente en otras épocas y en un ámbito ajeno al presente, lo que le salva de sucumbir a las tribulaciones a que le lleva su vocación de vagabundo. Aprende por lo que va perdiendo y no por lo que

va acumulando y en su derrota va en busca del tiempo perdido para hacer con sus jirones una obra bella e inmarcescible. No busca alterar el curso de la vida; sólo constatar cómo fluye el tiempo.

A través de su héroe un tanto caballeresco, confiado en sus andares a la providencia, Mutis cuestiona en esta luminosa obra al mundo, interroga a su memoria y establece el ámbito de la escritura de retorno a una utopía marcada desde el comienzo por su propia destrucción. Marginal, no propone una moral ni señala un camino. Perplejo sobre el suyo, se entrega a sus irrisorias empresas con el fatalismo de una convicción trágica: aunque carentes de sentido es imprescindible vivirlas hasta el fin, aunque éstas discurran en los escenarios más sórdidos y desolados, ruinas de las que ha desaparecido todo rastro de belleza y esperanza, y en las que el Gaviero paladea la belleza del fracaso. Mas la raigambre cervantina de Maqroll no se agota en su errático proceder; de él ignoramos su origen y al igual que Don Quijote, llega a apropiarse del autor supuestamente real hasta convertirlo en un personaje de su artificio. Todavía más, la aparición del personaje opuesto y complementario del Gaviero, Abdul Bashur, hombre práctico y desenvuelto, es el trasunto de Sancho Panza que evoluciona como en la novela cervantina hasta confundirse con aquél.

Maqroll, figura anacrónica que aparece en un tiempo y espacio hostiles, es una suerte de Quijote demasiado consciente de sí mismo y del mundo que le toca vivir. Es, acaso, el último héroe posible en un mundo a la deriva, sin orillas ni centro. El espacio en el cual se mueve ya ha recibido el influjo de los fenómenos que han dado y quitado forma al mundo contemporáneo. Al rechazar la modernidad que lo circunda y repudiar la esterilidad de un progreso que se devora a sí mismo, Mutis no profetiza. Ubicado en un páramo tan hostil se limita a ofrecernos la consoladora mentira de esas fábulas verdaderas que iluminan nuestros días. Por eso nos recuerda: “Sigue a los navíos. Sigue las rutas que surcan las gastadas y tristes embarcaciones. No te detengas. Evita hasta el más humilde fondeadero. Remonta los ríos. Desciende por los ríos. Confúndete con las lluvias que inundan las sabanas. Niega toda orilla”. **Carlos Vela**

Este texto no puede reproducirse ni archivarse sin permiso del autor y/o The Barcelona Review. Rogamos lean las **condiciones de uso**.

f i c c i ó n

**Joaquín Fortanet:** Petersburgo

**Jeremías Gamboa:** Un responso por el cine Colón

**Melanie Taylor:** Cuentos al garete

n o t a   d e   a c t u a l i d a d

**En voz bien alta**

Una antología de las poetas de los 50 y los 70

p o e s í a

**Renée Vivien,** una pasión

r e s e ñ a s

*El día de los inocentes* **Josip Novakovich**

*La desaparición* **Joaquín Fortanet**

*Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* **Álvaro Mutis**

s e c c i o n e s   f i j a s

**Reseñas**

**Breves críticas (en inglés)**

**Ediciones anteriores**

**Página del editor**

**Envío de textos**

**Audio**

**Enlaces**